



UNIVERSIDAD DE CUENCA

Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación

Carrera de Lengua, Literatura y Lenguajes Audiovisuales

“Las alcobas negras (1995) de Eugenia Viteri: memoria voluntaria y autoafirmación del personaje de la prostituta”

Trabajo de titulación previo a la obtención del título de Licenciada en Ciencias de la Educación, en Lengua, Literatura y Lenguajes Audiovisuales.

Autora:

Jenny María Pando Cornejo

CI: 0105938872

jpandocornejo@gmail.com

Directora:

Dra. Gladys Jaqueline Verdugo Cárdenas

CI: 0101672871

Cuenca-Ecuador

02-diciembre-2021



Resumen:

La presente investigación analiza al personaje de la prostituta, su memoria voluntaria y su autoafirmación en la novela ecuatoriana *Las alcobas negras* (1995) de Eugenia Viteri. Este estudio parte la siguiente pregunta: ¿Qué estrategias utiliza el personaje de la prostituta para representarse, recordar y autoafirmarse en *Las alcobas negras*? En cuanto al marco teórico, se usa las siguientes categorías: “prostituta” (Tubert, 2013 y Sanchis, s.f.), “memoria voluntaria” (Bergson, 2006) y “autoafirmación” (Heim, 2006, así como Arella, Fernández, Nicolás y Vartabedian, 2007). En lo referente al marco metodológico, se emplea el análisis hermenéutico desde la perspectiva de Baeza (2002), mismo que apela a la fusión del texto, el contexto y el acto interpretativo. Este trabajo académico aborda una nueva perspectiva del personaje prostituta. Esta es caracterizada como individuo que decide sobre su cuerpo, su sexualidad y por hacer de la prostitución un trabajo y una fuente de obtención de recursos.

Palabras claves: Prostituta. Memoria voluntaria. Autoafirmación.



Abstract:

This research analyzes the character of the prostitute, her voluntary memory, and her self-assertion in the Ecuadorian novel *Las alcobas negras* (1995) by Eugenia Viteri. This study answers the following question: What are the strategies used by the character of the prostitute to represent herself, remember and assert herself in *Las alcobas negras*? Regarding the theoretical framework, the following categories are used: “prostitute” (Tubert, 2013 and Sanchis, n.d.), “voluntary memory” (Bergson, 2006) and “self-affirmation” (Heim, 2006, as well as Arella, Fernández, Nicolás and Vartabedian, 2007). Regarding the methodological framework, the hermeneutical analysis is used from the perspective of Baeza (2002), which appeals to the fusion of the text, the context and the interpretive act. This academic work addresses a new perspective on the character of the prostitute. She is characterized as an individual who decides about her body, her sexuality and for making prostitution a job and a source of obtaining resources.

Keywords: Prostitute. Voluntary memory. Self-affirmation.



Tabla de contenido

Resumen:	2
Abstract:	3
Tabla de contenido	4
Cláusula de licencia y autorización para la publicación en el Repositorio Institucional	6
Cláusula de propiedad intelectual	8
Dedicatoria.....	9
Agradecimientos	10
Introducción.....	11
CAPÍTULO I	14
Contexto socio-histórico, político, económico y cultural de la década de los ochenta.....	14
1.1. Contexto socio- histórico político y económico de América Latina y Ecuador.....	14
1.2. Contexto cultural de América Latina	20
1.2.1. El feminismo latinoamericano y escritura de mujeres	21
1.3. Eugenia Viteri: su carrera escrituraria	26
1.4. <i>Las alcobas negras</i> de Eugenia Viteri	27
1.4.1. Síntesis argumental de la obra.....	27
1.4.2. Ejes compositivos de la obra y lenguaje narrativo	27



1.4.3. El contexto de la crítica. Algunas apreciaciones centrales	29
CAPÍTULO II	31
Referencias teóricas sobre la prostituta y algunas piezas de una metodología de lectura ...	31
2.1. Genealogía y caracterización del personaje de la prostituta como construcción ficcional en Latinoamérica y en Ecuador	31
2.1.1. Relación prostituta-literatura.....	34
2.2. Acercamiento teórico de la figura de la prostituta.....	36
2.3. La memoria voluntaria	38
2.4. Perspectiva de autoafirmación de la prostituta.....	40
2.4.1. Decisión y libertad.....	42
2.4.2. La maternidad y prostitución	43
2.5. La hermenéutica: orígenes, características, aplicaciones	45
2.5.1. Metodología: el círculo hermenéutico.....	47
CAPÍTULO III.....	50
Análisis de la prostituta en la obra <i>Las alcobas negras</i> de Eugenia Viteri: caracterización y memoria voluntaria	50
3.1. Floremilia: caracterización del personaje <i>prostituta</i>	50
3.2. Floremilia: una mujer sin tutelaje, amos ni patrones	53



3.3. Floremilia y la memoria voluntaria: el cuerpo agónico y las reminiscencias de la niñez y adolescencia	59
CAPÍTULO IV.....	68
Autoafirmación, decisión-libertad y maternidad en el personaje prostituta en la obra.....	68
<i>Las alcobas negras</i> de Eugenia Viteri.....	68
4.1. Floremilia y su autoafirmación.....	68
4.1.1. Floremilia y el matrimonio tradicional. Primeros indicios de decisión y libertad.....	72
4.1.2. Estrategias de la maternidad del personaje de la prostituta	80
Conclusiones.....	87
Referencias	91



**Cláusula de licencia y autorización para la publicación en el Repositorio
Institucional**

Yo, Jenny María Pando Cornejo, en calidad de autora y titular de los derechos morales y patrimoniales del trabajo denominado "*Las alcobas negras* (1995) de Eugenia Viteri: memoria voluntaria y autoafirmación del personaje de la prostituta", de conformidad con el Art. 114 del CÓDIGO ORGÁNICO DE LA ECONOMÍA SOCIAL DE LOS CONOCIMIENTOS, CREATIVIDAD E INNOVACIÓN reconozco a favor de la Universidad de Cuenca una licencia gratuita, intransferible y no exclusiva para el uso no comercial de la obra, con fines estrictamente académicos.

Asimismo, autorizo a la Universidad de Cuenca para que realice la publicación de este trabajo de titulación en el repositorio institucional, de conformidad a lo dispuesto en el Art. 144 de la Ley Orgánica de Educación Superior.

Cuenca, 2 de diciembre del 2021

Jenny María Pando Cornejo

C.I: 0105938872



Cláusula de propiedad intelectual

Yo, Jenny María Pando Cornejo, autora del trabajo de titulación denominado “*Las alcobas negras* (1995) de Eugenia Viteri: memoria voluntaria y autoafirmación del personaje de la prostituta”, certifico que todas las ideas, opiniones y contenidos expuestos en la presente investigación son de exclusiva responsabilidad de su autora.

Cuenca, 2 de diciembre del 2021

Jenny María Pando Cornejo

0105938872



Dedicatoria

A mi abuelita Rosa y a mi primo José que hacen parte del infinito.

A mis padres por su inagotable esfuerzo, cuidado y apoyo.



Agradecimientos

*A la Dra. Jaqueline Verdugo por su tiempo y su valioso aporte en
la realización de este trabajo.*

A mis compañeros de curso por su apoyo y compañía.



Introducción

La presente investigación aborda el análisis de la novela ecuatoriana *Las alcobas negras* (1995) de Eugenia Viteri. La obra en cuestión fue escrita en un contexto en el que Latinoamérica atravesó un momento coyuntural en cuanto a la difusión del pensamiento feminista. Simultáneamente, la literatura femenina latinoamericana y ecuatoriana alcanzaron un mayor grado de expresión y tuvieron como referencia a poetisas, novelistas y académicas que escribieron sobre el sujeto femenino, su corporeidad y su sexualidad. Según Martínez (1999), “La mujer se autodefine como sujeto textual y cuenta su historia, (...). El resultado ha sido una literatura erótica sin inhibiciones, en donde deseos, pasiones, fantasías, lo subconsciente y lo sexual, se codifican con un notable predominio de metáforas táctiles” (párr. 17). Precisamente, en la ficción de Viteri la meretriz, como elemento textualizado, permite el develamiento, la desarticulación y el combate de todo un abanico de conductas patriarcales que reprimen el cuerpo, la sexualidad y la libre determinación femenil.

Las alcobas negras posee algunos estudios críticos y académicos. Por ejemplo, en 1995 Herberto Espinoza escribió “Voces y espacios femeninos en “Las alcobas negras” de Eugenia Viteri”. En este ensayo se examina al personaje de la ramera y se descifra la realidad de las mujeres que se encuentran inmersas en un espacio regido por una sociedad machista y cómo el personaje busca su libertad. Por su parte, Michael Handelsman en 1997 publicó “Mujeres del Ecuador dentro y fuera del burdel: Dos novelas y sus contextos de lucha y reivindicación”. En este artículo el autor evalúa el grado de realización personal de las trabajadoras sexuales en las novelas *Las alcobas negras* de Eugenia Viteri y *La casa del sano placer* de Alicia Yáñez Cossío y se determina la inexistencia de un desarrollo individual. En cuanto a trabajos de pregrado, en 2019 se divulgó *Análisis comparativo entre las obras Baldomera y las Alcobas negras desde una*



perspectiva de género, cuya autoría corresponde a Dayana Zárate. En esta tesis se coteja a los personajes protagónicos y sus contextos vivenciales con el propósito de señalar cuál es su situación en escenarios definidos por el dominio patriarcal.

En cuanto a novedad, este este trabajo académico, a diferencia de los citados anteriormente, se centrará en el estudio del personaje prostituta, no como víctima de la sociedad, sino como un sujeto inteligente y suspicaz que ve en el oficio sexual una oportunidad para salir del entorno conyugal que la asfixia. Todo esto enmarcado en la labor de decisión y en el anhelo de libertad personal. De igual modo, se expondrá la memoria voluntaria como herramienta que permite descubrir prácticas de violencia y sumisión que experimenta la protagonista, sobre todo, en su etapa infantil y adolescencia. Igualmente, se identificará la condición y las estrategias de maternidad del personaje.

Esta investigación será de tipo descriptiva-interpretativa y con la finalidad de cumplir con el objetivo se apelará al modelo de análisis cualitativo. El método de interpretación será la hermenéutica desde la perspectiva de Manuel Baeza (2002). Su propuesta formula la concatenación de tres elementos: el contexto, el texto y el lector, elementos imprescindibles para un accionar interpretativo integral. El objetivo central de este trabajo es analizar la representación de la prostituta, su memoria voluntaria y autoafirmación en la novela *Las alcobas negras* (1995) de Eugenia Viteri.

Para la indagación de las categorías *prostituta*, *memoria voluntaria* y *autoafirmación*, serán de utilidad los aportes teóricos que se presentan a continuación: el concepto de *prostituta* se enfocará tanto en la propuesta de Sanchis (s.f.) como en la visión de Tubert (2013); la *memoria voluntaria* será explicitada desde la perspectiva de Bergson (2006); la *autoafirmación*, por su



parte, será trabajada desde la propuesta de Heim (2006); asimismo, esta categoría se expondrá desde el planteamiento de Arella, Fernández, Nicolás y Vartabedian (2007).

Esta investigación partirá de la formulación de la interrogante ¿Qué estrategias utiliza el personaje de la prostituta para representarse, recordar y autoafirmarse en *Las alcobas negras* de Eugenia Viteri? Las secciones de este recorrido investigativo serán cuatro. El primer capítulo se focalizará en la contextualización socio-histórica, política económica y cultural de Latinoamérica y Ecuador en los años ochenta, así como en la descripción de la obra desde su dimensión de autoría, características, argumento y crítica. El segundo capítulo abordará la genealogía y caracterización del personaje de la ramera como construcción ficcional en Latinoamérica y Ecuador. Además, se enfatizará en la relación prostituta-literatura y en el correspondiente marco teórico de los siguientes conceptos: *prostituta*, *memoria voluntaria* y *autoafirmación*. De igual modo, se fundamentará en el modelo del círculo hermenéutico como base de análisis de la novela. El tercer capítulo identificará la representación del personaje *prostituta* y definirá la *memoria voluntaria*, centrada en su niñez y adolescencia. Finalmente, en el cuarto apartado se especificará la *autoafirmación* desde las nociones libertad-decisión y las estrategias de maternidad.



CAPÍTULO I

Contexto socio-histórico, político, económico y cultural de la década de los ochenta

1.1. Contexto socio- histórico político y económico de América Latina y Ecuador

Para contextualizar la década de los 80 es necesario abordar los años precedentes debido a que brindan pistas tanto en el ámbito político como en la esfera económica. En los años 60 y 70 y, como respuesta a las ideas revolucionarias socialistas, aparecieron nuevos modelos de gobiernos en varios países latinoamericanos con el afán de frenar sus avances. La forma de actuación de los regímenes totalitarios se consolidó a partir de una serie de golpes de estado por parte de las fuerzas militares. Esto supuso una transformación paradigmática que, por una parte, dio fin a la estructura tradicional del gobierno y, por otra, extinguió la categoría de Estado (Murga, 2006). Con esto, los países perdieron centralidad en las decisiones económicas y en la política interna y se dio paso a una estructura que tuvo como objetivo la privatización, desregularización y la liberalización de las finanzas (Serrano, 2010).

En países como Brasil (1964), Bolivia (1971), Chile (1973), Argentina (1976) y Uruguay (1973) se instauraron golpes de estado que trajeron consigo fuertes reformas estatales, así como el despliegue de todo un aparato represivo en contra de los sectores populares que intentaron revelarse ante el totalitarismo. Como ejemplo de opresión gubernamental, Serrano (2010) explica que, en 1968 el Ejército Nacional Mexicano asesinó a centenares de estudiantes que se congregaron en la Plaza de las Tres Culturas en Tlatelolco para protestar. Para Serrano (2010), las dictaduras adquirieron un carácter expansivo de su política de persecución debido a que se encontraron alentadas por la Doctrina de la Seguridad Nacional promovida por los Estados Unidos durante la Guerra Fría.



Uno de los programas más reconocidos de los años sesenta fue la llamada Operación Cóndor, impulsada por Estados Unidos, que tuvo como fin inmediato el exterminio de la política de izquierda en Latinoamérica. Sobre esto, Serrano (2010) afirma que se puso en marcha una componenda de carácter internacional “para destruir, torturar y «hacer desaparecer» al cuerpo mismo de la izquierda latinoamericana, en una guerra unilateral que no conoció fronteras nacionales ni límites (...)” (p. 80). En este contexto, varios gobernantes latinoamericanos, bajo el lema de resguardo a la integridad del estado, no tuvieron reparo en realizar campañas de desprestigio y promover acciones violentas en contra de quienes consideraron disidentes políticos.

La década del ochenta, en cambio, fue un periodo de salida y transición a las dictaduras establecidas en el decenio anterior. Se instituyó en Sudamérica una nueva fase política basada en la reestructuración de la democracia. En el salto hacia la nueva etapa tuvo influencia decisiva el desvanecimiento y la desaparición de los ideales que la Guerra Fría mantuvo con la política de Latinoamérica en los años anteriores (Zanatta, 2012). La inauguración del ulterior modelo apareció con las elecciones de 1979 en Ecuador, las de Perú en 1980, las de 1983 en Argentina y se extendió hasta el sufragio de 1989 en Chile.

En el salto hacia la nueva coyuntura, se dieron acuerdos y negociaciones de carácter político como lo ocurrido en Brasil en donde el régimen desistió del poder tras diálogos con instituciones civiles. En Argentina, en cambio, la Guerra de las Malvinas fue un acontecimiento decisivo para el fin del régimen militar. Asimismo, el plebiscito de 1988 en Chile cesó la dictadura de Pinochet (Ortega y Villamarín, 2009). A esto hay que sumar el nivel de impunidad de varios personajes claves de la instauración dictatorial del decenio anterior. Sobre esto Zanatta (2012) alega que en el cambio de régimen no intervino la vía revolucionaria, mucho menos la



justicia, por el contrario, varios altos mandos militares tuvieron incidencia en las nuevas administraciones. En Argentina, por ejemplo, ciertas figuras militares continuaron en la administración pública, y solo a partir de conflictos internos y a la derrota en la Guerra de las Malvinas, desistieron.

Para comprender la situación económica de los años ochenta hay que hacer un acto retrospectivo a la década de los setenta, momento caracterizado por un desarrollo eficiente y competitivo de la industria. Las prácticas que más réditos financieros generaron a los diversos países fueron las exportaciones, sobre todo de petróleo, así como la presencia del sector comercial que consolidaron una tasa del 22 % del producto interno bruto a nivel de la región. De igual manera, el sector agrícola generó un 46% de empleos (Reyes, 2000). Como una forma de fortalecer la industria y asegurar la transferencia tecnológica de otros países, se confió en el capital privado nacional y exterior (Zanatta, 2012). Cabe mencionar que el principal beneficiario de los planes de industrialización, emprendidos por los gobiernos militares, fue la burguesía.

En el proceso de industrialización algunas naciones destacaron sobre otras. En particular, México y Brasil, por poseer un mayor mercado interno, aumentaron su producción industrial a costa de endeudamiento externo y de una enorme brecha social (Zanatta, 2012). Por el contrario, países como Chile y Argentina tuvieron limitantes para el crecimiento económico y sus gobernantes se empeñaron en implantar la liberalización económica, esto es, el sacrificio de la industria y el mercado interno para centrarse en la producción de bienes requeridos por el mercado internacional. Como consecuencias mediatas se dio: la privatización, la disminución y desaparición de los mercados nacionales, la eliminación del control de precios de productos, etc. Como un ejemplo de esto se tiene a los sectores populares de Chile, mismos que se vieron



afectados por la recesión económica, el aumento del desempleo y la reducción drástica de salarios (Zanatta, 2012).

El desarrollo financiero de los setenta cobró factura en la década posterior debido a que varios territorios sudamericanos pidieron préstamos a potencias extranjeras para financiar las exportaciones y el desarrollo de la industria. Dice Reyes (2000) que el sobreendeudamiento combinado con las altas tasas de financiamiento llegó a tal punto que al menos 15 países entraron en mora crediticia; de ahí que en 1982 México informó su incapacidad de pago. Al cese de los réditos externos por falta de pago se sumó el aumento de los intereses en los mercados globales; esto involucró la toma de medidas de ajuste económico con el fin de cubrir la falta de liquidez monetaria. En la misma coyuntura de declive económico, aduce Zanatta (2012) que en 1989 Argentina sufrió una inflación descontrolada que influyó drásticamente en los sectores marginales, hecho que se expandió a regiones como Brasil, Perú y Bolivia.

Las consecuencias mediatas de la desaceleración económica redujeron sustancialmente la producción y desataron el desempleo, subempleo, la reducción de salario y el encarecimiento de insumos. Sobre el alza generalizada de los productos y servicios, Reyes (2000) confirma que se originó como producto de la condición de dependencia al capital y a los bienes internacionales empleados en los procesos de industria. Al mismo tiempo, el recorte del gasto público y las privatizaciones buscaron recaudar la mayor cantidad posible de capital con la finalidad de pagar la deuda externa. En tal sentido, Reyes (2000) destaca que los primeros meses de 1980, cuando el declive estuvo en su punto álgido, Ecuador, Bolivia, Argentina, Venezuela y Perú realizaron reducciones de forma progresiva, en tanto que México, Uruguay y Costa Rica lo hicieron de forma más radical.



La década de los ochenta consistió para la población ecuatoriana una época crisis financiera. Según Naranjo (2004) la recesión se generó debido a factores exógenos como la deuda externa. El auge de la exportación y los altos precios del petróleo en los años setenta requirió créditos al sistema financiero internacional con la finalidad de solventar los costos de extracción, todo esto sin analizar la capacidad de pago. Esta circunstancia trajo como consecuencia un grave endeudamiento que repercutió en la década posterior. En este sendero, Oleas (2017) argumenta que las altas cantidades de crudo vendido (63.3% del total exportado) conllevaron un aumento notorio de la inversión pública, pero llegó un momento en el que esta rebasó a las ganancias, motivo por el cual, el país se vio impedido de cumplir sus compromisos de pago. En total la deuda externa se multiplicó por tres veces a los decenios anteriores en el periodo comprendido entre 1971 y 1983, una suma de 3554 millones de dólares, un 30% del PIB¹ (Naranjo, 2004).

Al endeudamiento desmesurado se adjuntó que la Reserva Federal de los Estados Unidos incrementó repentinamente las tasas de interés internacionales (del 4 y 6 % al 20%). Ello provocó una significativa reducción de créditos a países latinoamericanos y una notoria elevación de los montos de deuda (Naranjo, 2004). Como respuesta, el Estado realizó renegociaciones que implicaron políticas de ajustes económicos que afectaron directamente a la población. Desde la visión de Oleas (2017), con toda la presión internacional la crisis borró del mapa las políticas gubernamentales de los presidentes Hurtado, Febres Cordero y Borja, destinadas al sector social (salud, educación) y el presupuesto se enfocó únicamente al cumplimiento de las obligaciones contraídas con los acreedores. Conforme a lo dicho por Oleas (2017), como medida paliativa al desmoronamiento económico, el Banco Central solicitó la continuación del proceso de

¹ PIB (Producto Interno Bruto): índice económico que muestra el valor financiero de los bienes y servicios producidos por una nación en un periodo establecido.



devaluación del sucre, la liberación de flujos financieros internacionales y la ampliación de la competitividad a otros sectores económicos.

Otro de los factores externos que contribuyó a la desaceleración monetaria fue la caída del precio del oro negro. En referencia a este condicionante, Naranjo (2004) explica que a inicios de los 80 el petróleo bajó a un valor de 10 dólares por barril. Al ser este combustible la mayor fuente de financiación del estado, y al no contar con fondos de contingencia que mitigaran su volatilidad, el costo de los combustibles de consumo interno aumentaron. Sobre cómo enfrentaron la recesión económica los gobiernos, Oleas (2017) sustenta que en 1984 bajo el gobierno de Hurtado se presentó un proyecto de minidevaluaciones que incrementó la tarifa de los servicios básicos y de la gasolina de forma gradual. Febres Cordero, en cambio, implementó la liberalización del mercado. Borja, por su parte, reactivó el sistema de las minidevaluaciones implementado por Hurtado.

A la creciente depresión financiera se añadieron problemáticas internas como la inestabilidad política. De acuerdo con Naranjo (2004), luego de la dictadura militar que duró siete años (1972-1979), asumieron el poder un total de 13 mandatarios, muchos de ellos duraron apenas unas horas en el cargo, y se oficializaron dos constituyentes. De manera similar, se gestaron conflictos dentro del ámbito legislativo, así como entre los gobiernos y los representantes de las alcaldías. Cabe puntualizar que el ejecutivo tomó a su haber toda la responsabilidad económica, dejando de lado al Parlamento, lo cual desencadenó en tensiones de liderazgo. Todas estas circunstancias contribuyeron a que no exista una buena administración de la política económica, peor aún gobernabilidad (Naranjo, 2004).

El conflicto armado con Perú y la estructura productiva interna constituyeron como agravantes del declive económico. Las tensiones entre ambas naciones permanecieron latentes



luego de la invasión de las tropas peruanas en 1945 y, en 1981, las disputas limítrofes causaron nuevamente la Guerra de Paquisha. Como medida de defensa Jaime Roldós invirtió ingentes cantidades de dinero. Según Naranjo (2004), en esta confrontación y en la Guerra del Cenepa en 1995 se gastaron alrededor de 10 mil millones de dólares en equipaje y traslado. En materia del esquema productivo, Naranjo (2004) enfatiza en algunos puntos clave: la fragilidad del mercado interno debido a los bajos ingresos y a la desigual distribución de recursos; los altos niveles de desempleo y subempleo; la concentración económica en las grandes ciudades; la desvinculación de la agricultura del sector productivo; la alta demanda de importaciones de maquinaria industrial y materia prima y, por último, la corrupción en los sectores privados adscrito a la banca y la evasión de impuestos.

1.2. Contexto cultural de América Latina

En Latinoamérica desde la primera mitad del siglo XX jugó un papel predominante la industria cultural; en este ámbito la radio, la televisión, así como las artes visuales ayudaron en el proceso de transmisión de conocimientos. Ya en los años 70 y 80, el video y la informática influyeron en la difusión masiva de contenido. Es de este modo que “Los consumidores de diferentes clases sociales son capaces de leer citas de un imaginario multilocalizado que la televisión y la publicidad agrupan: los ídolos del cine hollywoodense y de la música pop, los diseños de pintores famosos, (...) (García Canclini, 2000, p. 92). En otras palabras, se produjo una interacción globalizada de las actitudes culturales influenciado por la rapidez proporcionada por la tecnología. No obstante, la mayoría de los países solo constituyeron como consumidores asiduos de producciones extranjeras, esto es, alta demanda poca oferta; de ahí que solamente México y Brasil destacaron en cuanto a la producción y difusión de contenido audiovisual.



El flujo cultural no tuvo la resistencia suficiente frente a la emergencia monetaria y, concretamente, uno de los campos que resultó más afectado fue la industria editorial. Sobre esto García Canclini (2000) afirma que se evidenció una drástica reducción de publicaciones en comparación a los años del Boom, definidos por la masiva difusión y circulación de obras literarias. El descenso se gestó debido al encarecimiento de la producción (el alza de los costos de papel), la competencia con editoras extranjeras y la baja demanda, todo esto conllevó el cierre de un número importante de editoriales. Sobre la competencia, sugiere García Canclini (2000) que la apertura al libre mercado dio paso a que industrias españolas tuvieran vía libre, ya sea para publicar o para adquirir derechos de publicación de las empresas editoriales mexicanas. En esta misma línea, Estados Unidos ingresó al mercado mexicano y comercializó cientos de libros lo que ocasionó directa competencia a la ya desgastada empresa nacional.

1.2.1. El feminismo latinoamericano y escritura de mujeres

La lucha por los derechos de las mujeres fue un acontecimiento a nivel mundial en los años sesenta que influyó en la vertiente feminista latinoamericana y que alcanzó su mayor grado de expresión en los ochenta. En este contexto se promulgaron dos vertientes: el feminismo liberal y el radical. Para Miguel (2007), el primero se caracterizó por su lucha para cambiar las condiciones de exclusión y subordinación de estas en el ámbito público y privado. El segundo, agrupó a féminas bajo la consigna de que el poder masculino constituye un sistema de dominación que las mantiene en sumisión. En su haber se analizó las relaciones de poder del ámbito privado, la familia, y su anexión al ámbito político. Desde la visión de Vargas (2005) muchas de sus integrantes militaron en partidos políticos y sindicatos y, desde estos espacios, cuestionaron no solo la legitimidad y el poder masculino, sino también iniciaron un proceso de lucha contra los regímenes dictatoriales.



Según Giorgi (2018) la difusión del pensamiento mujeril se centró en revistas como *Fem* o *Isis* y en conversatorios que concentraron a representantes de colectivos y a personas de diversas condiciones. Los referentes de la divulgación del pensamiento feminista tuvieron como base a indígenas, negras, campesinas, trabajadoras rurales, amas de casa, etc. Por ejemplo, indica Giorgi (2018) que el primer número de *Fem* se dirigió a las militantes que transgredieron los roles de género, al formar parte de la izquierda armada, y muchas de ellas terminaron muertas o encarceladas.

Desde el Primer Encuentro Feminista Latinoamericano, realizado en 1981 y repetido cada dos años, se llevó a cabo una serie de conversatorios de líderes en los que se compartieron experiencias, estrategias y propuestas. Estas reuniones lograron anexar un pensamiento teórico político que se expandió a nivel de Latinoamérica (Vargas, 2005). Cabe puntualizar que no solo se trató de la defensa de un pensamiento de lucha y reivindicación, sino que, además se dio cabida a todo un conglomerado de nuevas perspectivas y conocimientos. En otros términos, se trató del esbozo de una teoría del género femenino insertado en el respeto de lo plural y de lo diverso.

Como bandera de lucha los diversos gremios avocaron por el reconocimiento del “lema” ser mujer en un contexto de opresión. De la misma manera, se denunció la subordinación del género femenino tanto en el ámbito doméstico como en el público y, análogamente, se reclamó por su presencia, visibilización y participación en la toma de decisiones en asuntos de interés ciudadano. Para Vargas (2005) el hecho de politizar lo familiar doméstico produjo la puesta en escena y la discusión de problemáticas como la violencia de género, la violencia doméstica, el acoso, los derechos sexuales-reproductivos y la feminización de la pobreza, etc. Esta última categoría en alusión a que los mayores índices de miseria se centraban en la población femenina.



Si bien en la década de los 80 los colectivos, a nivel de continente, alzaron la voz por los derechos de las mujeres y reclamaron mayor participación en todos los ámbitos de la vida cotidiana, en nuestro país la situación de la mujer poco o nada cambió. Cabe aludir que la propia Constitución de 1979 determinó la igualdad de derechos y oportunidades de las mujeres, en todos los aspectos de la vida (pública, privada, familiar, en el ámbito político, social y cultural), sin embargo, la situación de la mujer seguía siendo la misma (Borja, 2011).

Borja (2011) argumenta que, en los movimientos poblacionales emergentes del país, las prácticas discriminatorias hacia la figura femenina fueron un fenómeno recurrente. La sociedad no reconocía el aporte de las mujeres en los procesos de lucha y organización en las que sí se veía involucrada la población masculina. Los hombres tomaban decisiones y, por supuesto, la resistencia general hacia los planteamientos de género femenino era común. En el ámbito familiar, una gran mayoría de mujeres, sobre todo, de la clase social baja se encontraban sometidas a sus maridos, pendientes de los problemas cotidianos del hogar. Las esposas luchaban diariamente con la falta de agua, la precariedad monetaria, la carencia de electricidad, la insalubridad y el cuidado de los hijos y, muchas veces, enfrentadas a la violencia de género. En fin, se encontraban bajo el influjo de las prácticas tradicionales de los sexos: la mujer inmersa en el ámbito doméstico y el hombre como proveedor de recursos económicos, salvo en algunos casos las mujeres incursionaban en ámbitos laborales y eran económicamente sustentables.

Dentro de los movimientos poblacionales emergentes, solo en casos excepcionales las mujeres destacaron, sobre todo, en organización barrial, allí se involucraron en trabajos comunitarios y deportivos. De igual forma, brindaron ideas para la construcción de escuelas, centros de salud y, en casos de necesidad, impulsaron la movilización de sus vecinos para hallar soluciones (Borja, 2011). Como es evidente, fueron las mujeres impulsoras del desarrollo local,



sin embargo, las decisiones que se tomaban siempre pasaban por la aprobación de los hombres; es decir, su voz no era contemplada como pensamiento valedero o afirmativo. La discriminación hacia la mujer también estuvo presente al momento de la estructuración de las estancias de poder de la comunidad, pues no eran tomadas en cuenta para ejercer el liderazgo comunitario debido a la idea de que no tenían suficiente capacidad para regirlas (Borja, 2011).

En lo que al ámbito literario corresponde, la década de los ochenta fue un momento clave en el devenir escriturario feminista. La producción retórica estuvo liderada por académicas, poetas, novelistas, activistas de derechos e investigadoras. De conformidad con Lamus (2007), “(...) es el desafío que plantea no solo a los códigos culturales modernos sino a los milenarios. En la modernidad este desafío se centra en el sujeto universal “Hombre”, construido por la filosofía racionalista y la ciencia” (p.123). De esta manera, los surcos literarios se inclinaron a la realización de un inventario de alocuciones políticas en torno al ser femenino y todas las ideas se alinearon alrededor de proyectos de reivindicación y emancipación. No obstante, quienes se empeñaron en la labor literaria se vieron inmersas en una gran desventaja debido al ostracismo académico. Al respecto, Lamus (2007) afirma que las escritoras tuvieron que hacer frente y sortear a una tradición impuesta por el saber científico masculino occidental.

El gesto escriturario femenino de los años ochenta se alejó de los temas de preferencia de la creación literaria masculina y creó literatura basada en sus propios valores y convicciones. Entre las temáticas abordadas destacaron: la maternidad, el aborto, la sexualidad, la juventud, el trabajo, la niñez, la memoria, etc. Con esto, se propuso una nueva mirada no solo del sujeto femenino como tal, sino también de las creadoras de ficción que hasta ese momento no tuvieron el suficiente reconocimiento ni difusión. La forma de manifestación de su pensamiento se basó principalmente en la oralidad. Sobre ello, Martínez (1999) argumenta que la poesía fue uno de



los pilares fundamentales para la expresión debido al tono de protesta, idóneo para formular la voz de reclamo. Asimismo, sostiene que otro de los mecanismos utilizados fue la ficción por su connotación confesional, así como por la diversificación de las voces de los autores consolidadas primordialmente en memorias, diarios, cartas, autobiografías, entre otras.

La literatura feminista latinoamericana se definió por poseer ciertas características identitarias. Según Martínez (1999), una de estas particularidades fue la forma de expresión contextualizada en la teoría de la independencia de lo literario frente a la escritura fundacional y en contraste a la crítica literaria centroeuropea. En otras palabras, se dio una valoración a la creación propia centrada en la realidad imperante. Otra de las concepciones fue la lucha social por medio de la palabra; en este ámbito, la literatura testimonial destacó como bandera de combate. Aquí, las escritoras prestaron su pluma para expresar el sometimiento femenino, la falta de libertad mujeril y, en el ámbito político, la represión estatal (Martínez, 1999). Frente a la oleada dictatorial que sufrió Latinoamérica, la palabra femenina se centró, además, en la denominada novela de censura, cuyas exponentes más notorias fueron Luisa Valenzuela, Alina Diaconu, Reina Roffe y Alicia Steimberg (Martínez, 1999).

En lo concerniente a Ecuador, los años ochenta se definieron por una importante presencia de mujeres en la narrativa. Destacaron escritoras como: Alicia Yáñez Cossío, Eugenia Viteri, Carmen Acevedo, Carmen Vela, Teresa Mora, Gilda Holst, Sonia Manzano, etc. Según Martínez (2015), las principales vías de difusión de su pensamiento fueron los concursos, revistas, editoriales, encuentros literarios y antologías. Sobre las mujeres que se insertaron en la ficción, Michael Handelsman en 1982 realizó una antología bajo el patronato de la Casa de la Cultura Ecuatoriana. Del mismo modo, en 1988, Matilde Mora, auspiciada por la Universidad de Guayaquil, publicó la primera compilación de obras de cuentistas de la época. Eugenia Viteri,



por su lado, divulgó ese mismo año un compendio general del cuento que abarca la literatura del siglo XX y que incluye un total de 60 autores, esta obra tuvo una gran acogida y consiguió varias reediciones (Martínez, 2015).

1.3. Eugenia Viteri: su carrera escrituraria

Blanca Eugenia Viteri Segura nació en 1928 en Guayaquil, Ecuador. Es novelista, antóloga y desempeñó el oficio de docente. Desde temprana edad se sintió atraída por la literatura sobre todo por la poesía. En la escuela fue elegida editora del periódico escolar *Horas Estudiantiles*, oportunidad que aprovechó para conocer figuras predominantes de la política nacional. En 1950 acudió a la Escuela de Teatro Núcleo del Guayas en donde compartió con un círculo de escritores y artistas. En 1953 y, luego de haberse graduado de Bachiller en Humanidades, ingresó a la carrera de Filosofía y Letras de la Universidad de Guayaquil.

Eugenia Viteri comenzó su carrera escrituraria a inicios de los años cincuenta. De acuerdo con Carvajal (2018), en 1953 escribió *Diez cuentos universitarios*, antología resultante del concurso organizado por la FEUE, oficina de Guayaquil. Tres años después publicó el libro de cuentos *El anillo*. En 1962 dio a conocer *Doce cuentos* y, en 1969, *A noventa millas solamente*. Con *Los zapatos y los sueños* (1997), recopilación de trece cuentos, obtuvo el galardón Joaquín Gallegos Lara. *Diez escritoras ecuatorianas y sus cuentos* (1982) también configuró dentro de su repertorio literario. Viteri también incursionó en el teatro y en 1962 divulgó *El mar trajo la flor*, obra basada en *El anillo*, con esta adaptación ganó el cuarto puesto en el Concurso de Teatro auspiciado por la Unión Nacional de Periodistas (Carvajal, 2018).

En cuanto a la novelística, en 1962 publicó la novela *A noventa millas solamente*. Esta obra se centra en la recopilación de anécdotas sobre el destierro y la separación familiar que esta situación conlleva. *Las alcobas negras* (1983) por su parte, hace un balance entre la sexualidad



de hombres y mujeres, así como de las diversas circunstancias de dominación hacia el sexo femenino (Carvajal, 2018).

Otro de los aportes de Viteri, fuera del ámbito novelístico, es *Antología del cuento ecuatoriano* (1995), obra en la que se hace una recopilación y valoración de la tradición literaria latinoamericana y ecuatoriana. Asimismo, se toma en cuenta la literatura escrita por mujeres en nuestro territorio que, hasta los años 50, no era abundante y únicamente dio cabida a figuras como Elisa Ayala Gonzáles, Mary Coryle y Nela Martínez (Carvajal, 2018).

1.4. *Las alcobas negras* de Eugenia Viteri

1.4.1. Síntesis argumental de la obra

Las alcobas negras (1995) narra la historia retrospectiva de Floremilia, una mujer que durante la mayor parte de su vida se dedicó al oficio de la prostitución. El ejercicio de analepsis inicia a partir de la descripción de una anciana en estado agónico acompañada por sus colegas de profesión y en espera de la llegada de Queta, su hija adoptiva. En el lapsus de expectación, la mentalidad de la moribunda recrea todo un vendaval de recuerdos que se anclan en su niñez, adolescencia, matrimonio, maternidad y, por supuesto, en su incursión en el mundo de prostitución, cuyo punto más álgido conlleva el montaje de un prostíbulo que acoge a mujeres con ganas de sobresalir. Dentro de la sucesión de imágenes memorísticas también se incorporan historias de otras mujeres como la de su amiga y colaboradora, Ofelia del Salto, así como la de sus adeptas en el campo del trabajo sexual, de quienes se precisa que el estímulo económico las proyectó al mundo de la prostitución.

1.4.2. Ejes compositivos de la obra y lenguaje narrativo

Las alcobas negras (1995), correspondiente al Sistema Nacional de Bibliotecas, es una obra corta con un total de 152 páginas, cuya estructura externa se caracteriza por la ausencia de



capítulos. A pesar de que la novela no presenta divisiones capitulares son varias las historias que confluyen y se entremezclan dentro de la trama narrativa: el personaje de Floremilia y la intromisión en su vida y su agonía; el contexto social y familiar de su niñez; la historia de Mariantonia, su hermana; el concurso y las entrevistas que realiza Floremilia para captar mujeres para el prostíbulo; las experiencias vivenciales de las trabajadoras del lupanar y la relación entre la protagonista y su hija, Queta. La interacción de varias anécdotas, correspondientes a los distintos personajes y en un aparente desorden, posiciona a la novela como un texto dinámico que invita a la suspicacia del lector.

En lo referente al lenguaje narrativo, la obra presenta un lenguaje poético basado en la confluencia de metáforas y símiles. La metáfora se emplea para la descripción física y psicológica del personaje. De igual modo, se la utiliza para la descripción de los sueños y anhelos de su infancia. De igual forma, se usa la expresión metafórica para denotar el acto sexual (la infidelidad de Floremilia). El símil, por su parte, es utilizado para describir los anhelos de libertad de la mujer.

En la novela es notoria la presencia de un vendaval polifónico que le da vida y dinamismo a la obra. En primera instancia, se sitúa la voz del narrador protagonista, Floremilia, pero a medida que se inserta en el recorrido memorístico su voz se entremezcla con la de Ofelia del Salto, su amiga, con la de su hermana Mariantonia, así como con la de su cuñado, Negrolindo, y con la de su padre. Posteriormente, la voz de la protagonista confluye con la de sus compañeras de oficio. Cada una de ellas apela a un modo particular de contar su historia.

1.4.3. Datos editoriales

La primera edición de *Las alcobas negras* se dio en 1983 y estuvo patrocinada por el Departamento de Cultura de la Universidad Central del Ecuador. La publicación de la segunda



edición se produjo en 1995 y estuvo a cargo del Sistema Nacional de Bibliotecas, Subsecretaría de Cultura, Ministerio de Educación, Cultura y Deportes. Finalmente, en el 2010 la Corporación Eugenio Espejo por el Libro y la Cultura, sede en Quito, hizo una última reimpresión de la novela. Para el presente análisis se toma como base la segunda edición.

1.4.3. El contexto de la crítica. Algunas apreciaciones centrales

La novela de Viteri ha sido tema de análisis en varios estudios literarios. Uno de ellos es el artículo “Voces y espacios femeninos en “Las alcobas negras” de Eugenia Viteri” de Herberto Espinoza, escrito en 1995. En este texto se enfatiza cómo a partir del personaje de Floremilia, por una parte, se muestra el conflicto de la individualidad de la mujer frente a la hostilidad de una sociedad patriarcal y, por otra, se evidencia la búsqueda constante de la identidad femenina. De igual modo se da cuenta de cómo instituciones como la familia han contribuido a moldear la conducta y la sexualidad femenina. Sobre la base de esto, el personaje prostituta reclama una libre expresión de su cuerpo, su sexualidad y su personalidad.

De igual manera, Michael Handelsman publicó en 1997 “Mujeres del Ecuador dentro y fuera del burdel: Dos novelas y sus contextos de lucha y reivindicación”. Este ensayo se centra en el análisis de la figura de la meretriz en las novelas ecuatorianas *Las alcobas negras* de Eugenia Viteri y *La casa del sano placer* de Alicia Yáñez Cossío. En virtud de la prostitución, en la investigación se averigua cómo las protagonistas de ambas narrativas se balancean entre un panorama de liberación y un sentimiento de incompletitud al no alcanzar un verdadero desarrollo individual.

El trabajo de pregrado de Dayana Zárate titulado *Análisis comparativo entre las obras Baldomera y las Alcobas negras desde una perspectiva de género* (2019), también aborda la narrativa en mención. En este proyecto se compara la novela de Alfredo Pareja Diezcanseco con



la obra de Eugenia Viteri, con el propósito de identificar la condición y posición de las mujeres en una sociedad caracterizada por el androcentrismo y por los estereotipos de género. Para detectar la situación de los personajes femeninos, en las mencionadas novelas, se toma como marco referencial categorías como: la religión, la arrogancia de las clases sociales, la violencia y la prostitución como escape de las garras del patriarcado.

En esta primera parte se presentó el contexto socio- histórico político y económico de Latinoamérica y Ecuador. Este abordaje arrojó una noción sobre sobre las influencias externas de la obra literaria. Asimismo, se especificó en los datos biográficos de la autora, su producción literaria, así como en la progresión temática, estructural, síntesis, argumentos e importancia de la novela. Finalmente, se subrayó algunas perspectivas críticas sobre la misma.



CAPÍTULO II

Referencias teóricas sobre la prostituta y algunas piezas de una metodología de lectura

2.1. Genealogía y caracterización del personaje de la prostituta como construcción ficcional en Latinoamérica y en Ecuador

La configuración de la ramera en la novela latinoamericana se encuentra sujeta a dos etapas. En un primer momento, a inicios del siglo XX, la narrativa fundacional identificó a novelas como *Juana Lucero* (1902) de Halmart y a *Santa* (1903) de Federico Gamboa. Estas ficciones, influenciadas por el naturalismo y el realismo, presentan a sus protagonistas desde una perspectiva de fatalidad e infortunio. Desde la óptica de Ordiz (2006), los autores sienten cierto nivel de compasión y cariño hacia ellas, de ahí que su escritura tienda a “rescatarlas” de su infortunio. Ambas obras literarias dan cuenta de sujetos adheridos a lo que la sociedad considera inmoral. Esta es la razón por la que es necesario redimirlas por medio de la enfermedad, en el caso de *Santa*, o con la locura, en el caso de *Juana Lucero*.

En un segundo momento, el Boom Latinoamericano puso de relieve el auge de novelas cuyo personaje principal fue la prostituta. La remisión a esta temática se dio como respuesta a la búsqueda de experimentación discursiva que desplazó al realismo de inicios del siglo. En esta nueva etapa escrituraria el personaje fue abordado como fuente alegórica (Bianchi, 2013). Para Cánovas (2003) el boom no tuvo como fin práctico documentar la realidad de un modo objetivo, sino configurarlo como un espacio disforme, a modo de un sueño en donde se distorsiona la realidad. El ejercicio espiritual es el intersticio en el que se posiciona y se juguetea con el lenguaje, de modo que se exalta la condición de modernidad, configurada como una “catástrofe de carácter cósmico, en ocasiones con ribetes de pantomima” (Cánovas, 2003, p.22). Como es



evidente, se intercaló en modelos discursivos que tomaron como parámetro a la meretriz para hacer de ella un signo de contemporaneidad.

En *Juntacadáveres* (1964) de Onetti, la prostituta se constituye como un individuo con características grotescas (cuerpo deforme y feo), contraste del erotismo y del deseo que generalmente su corporeidad evoca. El objetivo de Larsen, el dueño del prostíbulo, es crear una suerte de paraíso terrenal contrapuesto a lo edénico y a los entendimientos moralistas. Según Builes (2016), el texto literario se centra en el develamiento de la degradación física de las ramerías, así como en la condición de lo mercantil de su actividad; cabe puntualizar que el precio por el servicio de cada una de las mujeres depende de su apariencia. En cuanto a la percepción externa, Nelly, María Bonita e Irene son descritas, por una parte, como mujeres marginales que sufren el menosprecio de los poblanos, debido a su oficio y a su condición de extranjeras. Por otra, convocan al deseo y promueven a que los hombres escapen momentáneamente de Santa María, el imperio de las buenas costumbres.

En *Pantaleón y las visitadoras* (1973) de Vargas Llosa, las meretrices adquieren la denominación de “visitadoras” y cumplen un rol importante dentro del regimiento militar de Iquitos al satisfacer los deseos sexuales de los soldados, seres impulsivos capaces de violar y asesinar con tal de satisfacer sus instintos. Es menester recalcar que las integrantes de la agrupación pasan por un minucioso proceso de selección en el que se evalúa la higiene, las buenas prácticas e incluso su apariencia física. Cánovas (2003) plantea que en dicha obra se mira a la sexualidad como un espacio de disputa, cuyo esfuerzo racional se centra en la venta del placer. Pantilandia es convertido con la presencia de las trabajadoras sexuales en un lugar dinámico y civilizado. Ellas toman las riendas en el ámbito sexual y, como amas y señoras,



manejan los encuentros con los soldados, inclusive despojándolos de las prácticas propias de su género: el cortejo y la seducción.

En *La casa verde* (1966) del mismo Vargas Llosa, la trabajadora del sexo aparece como una alusión metafórica, es el componente principal del prostíbulo, símbolo de la nación, lo matricial, el origen de lo bueno y de lo malo. Al ser el burdel el espacio de la trasgresión, la hetaira representa el quebrantamiento de todo un conglomerado de ideas moralistas que inhiben su deseo erótico y su libre expresión sexual. Asimismo, se da la ruptura de las normativas que velan por el buen orden y las buenas costumbres de los ciudadanos. De este modo, personajes como Talita o la Selvática, alegorías de la patria con sus aciertos y errores; son féminas que sufren y se enfrentan a destinos funestos. No obstante, poseen la capacidad de enfrentar a una sociedad conservadora e influir en su entorno.

La literatura ecuatoriana también inserta en su repertorio al personaje de la prostituta y, justamente, una de las primeras obras que aborda esta temática desde una perspectiva realista es *A la Costa* (1904) de Luis Alfredo Martínez. En esta se relata la historia de Mariana, una joven que es violada por un cura y abandonada debido a su condición de embarazo y ante la falta de recursos para sobrevivir se dedica a la prostitución. Dentro de esta atmósfera, el personaje se enfrenta a una serie de estereotipos relacionados con la venta de su cuerpo. La voz narrativa perfila a la sexoservidora como alguien que lleva sobre sus hombros el ser despojado de la categoría de individuo ejemplar debido a las múltiples relaciones que mantiene con hombres.

Otra de las novelas emblemáticas escrita desde una visión femenina y que toma como referencia la figura de la ramera es la novela *La casa del sano placer* (1989) de Alicia Yáñez Cossío. La trama se teje en torno a la historia de Rita Benavides, una mujer que piensa que las prostitutas sufren violencia y no son debidamente reconocidas. Su deseo por cambiar las



condiciones de estas personas la convierte en su protectora, iniciativa que parte del montaje de una casa burdel que las acoge. La propuesta de Rita se basa en brindarles un nivel de instrucción fundamentado en la ternura y la apertura al amor. En definitiva, la obra de Yáñez Cossío refleja claramente la intención de desarticular y desmitificar una serie de creencias e idearios sobre la hetaira.

2.1.1. Relación prostituta-literatura

El nexos que se ha tejido durante varios siglos entre la ficción y la sexoservidora ha sido un fenómeno constante. Con referencia a esto, Cánovas (2003) plantea: “Si la prostituta es una mercancía libidinal (siendo el music hall el producto erótico a gran escala en la vida citadina europea de la primera mitad del siglo XIX), la literatura es su doble en el ámbito de las imágenes y el periodismo, en la comunicación” (p. 7). El autor deja claro que la prostituta fue la protagonista de las calles europeas y, tanto la novelística como la lírica miraron en esta un potencial con el que se sacó a flote toda una amalgama de imaginarios.

Hozven (2004) alude a la relación de estos dos mundos en los siguientes términos: “(...) ambas son mercancías y ¡libidinales! Como mercancías, ambas son bienes que se transan, clandestinamente y no, en las ferias, calles y hasta aeroplanos (...)” (p. 103). Se infiere que estos apelan a lo furtivo, a lo encubierto. Paralelamente, el escritor menciona que dichos elementos denotan carga erótica: “Como signos, ambas encarnan del modo más álgido y próximo las instituciones donde se practican y se nombran las pasiones y manías sorprendidas que definen los rituales imaginativos de la libido humana, lo que comúnmente llamamos una erótica” (Hozven, 2004, p. 103). Y es que la producción literaria que aborda a la meretriz hace eco de los impulsos sensuales y sexuales que no siempre se mencionan. Las dos interpretan el erotismo, los grandes romances y, por supuesto, implican un sistema cultural que las sujeta a condiciones de



producción en un medio que se aleja de todo canon; mutuamente se crean en los márgenes de la sociedad.

Si bien la huella de la trabajadora sexual se encuentra plasmada en textos históricos de la antigüedad, es básico recalcar que el interés por este tema se acrecienta a mediados del siglo XVIII en el contexto europeo. Desde la percepción de Builes (2016) la inclinación por este tópico se debió al acelerado crecimiento de la prostitución en las urbes como consecuencia de la grave crisis económica originada en el siglo anterior. Este acontecimiento supuso el retroceso de las labores agrarias y la reducción de las actividades comerciales que influyeron directamente en la clase obrera constituida en cierta parte por mujeres. La afectación financiera acarreó episodios de hambruna y de pobreza generalizada, motivo por el cual miles de mujeres se volcaron a las calles en busca de empleo, muchas de ellas se integraron a la actividad sexual para subsistir. Entonces, en conformidad con Builes (2016) se da una correspondencia entre el fenómeno prostitución y el ambiente urbano que permitió el posicionamiento de la ramera como la insignia de las dinámicas de modernización urbanística.

La idea de la hetaira como un sujeto deambulante en la ciudad en expansión es uno de los temas abordados por el filósofo y ensayista francés Walter Benjamin. Sobre esto, Cánovas (2003) afirma que: “Walter Benjamin (...) describe a la prostituta como la paseante de la urbe moderna, cuyo gesto muestra el registro mercantil de las relaciones (sociales y libidinosas), señalando la pérdida del aura del sujeto en la sociedad moderna. (...)” (p. 7). Este pasaje no solo habla de la sexoservidora como *flâneur*², sino también como agente que plasma la ruptura del idilio de la modernidad, es decir, avoca por los individuos invasores de lo público, los sujetos de los márgenes. De igual modo, dice Cánovas (2003) parafraseando a Benjamin: “La prostituta

² Paseante de la urbe



(...) enuncia un nuevo tiempo: la reproducción en serie (y no el objeto único, áurico, intransable) y un cuerpo de doble fondo, lo consciente y lo inconsciente, no conectados entre sí” (p. 7). Evidentemente se la posiciona como la representante de las pasiones libidinosas. Ella es el símbolo del resquebrajamiento y ruptura de la idea de mujer virginal, su propio cuerpo es un caldo de cultivo de alusiones metafóricas.

2.2. Acercamiento teórico de la figura de la prostituta

Este personaje ha estado presente durante todas las etapas de la historia de la humanidad. Un primer acercamiento a su conceptualización se registró en la antigua Babilonia y es conocida a partir de algunos tratados del historiador griego Heródoto. Según Rubio (1999), los datos que proporciona el del autor hablan de una costumbre en la que toda mujer debía, al menos una vez, acudir al templo de Afrodita para mantener relaciones sexuales con un foráneo a cambio de una suma de dinero, mismo que adquiriría un valor sagrado. Luego de esta experiencia volvía a su casa y realizaba su vida de forma normal. Esta es una primera noción acerca de la persona que realizaba una transacción de su sexualidad motivada el cumplimiento religioso, aunque también se encontraba de por medio la obtención de réditos monetarios.

Rubio (1999) afirma que en los escritos de Heródoto se alude además a las *naditu*, sacerdotisas de la cultura babilónica, asociadas a la prostitución sagrada. De ellas se dice que poseían independencia de la institución familiar patriarcal y solo en ciertas excepciones se encontraban dentro de los lazos del matrimonio, pero sin hijos. Entre otras actividades se dedicaron a la transacción de bienes inmuebles y monetarios, de hecho, el propio Código de Hammurabi da cuenta su alta condición social y religiosa (Rubio, 1999). Es notorio que no solo se trató de una persona autosuficiente, sino también de un sujeto que desafió los esquemas



sociales. Su accionar claramente se opone a la figura del cristianismo, María Magdalena, que es considerada una mujer pecadora.

Tubert (2013) hace un acercamiento más actual sobre la consideración de la trabajadora del sexo en los siguientes términos: “(...) es la persona que ejerce la actividad de la prostitución. Son personas, mujeres en su mayoría, que venden (alquilan, prestan) su cuerpo a otra persona (normalmente un hombre) a cambio de dinero (...)” (p. 3). Se trata, entonces, de una persona que comercializa su cuerpo y sexualidad. Se puntualiza, igualmente, que dicho oficio acoge en su mayoría al género femenino; esto quiere decir que no se descarta la presencia de hombres y personas de otros géneros. Asimismo, la autora sostiene que: “Al ejercer esta actividad se supone que la persona que lo lleva a cabo sólo se guía por el criterio del dinero, es decir, no existe ningún tipo de emoción ni de relación afectiva” (Tubert, 2013, p. 3). Con fundamento en esta visión, se trata de alguien que obtiene una remuneración a cambio del acto sexual, pero no compromete en ningún momento su vida personal o sentimental.

Según la perspectiva de Tubert (2013) la hetaira se encuentra asociada directamente a la casa de citas. Este es el espacio exclusivo en el que ella ejerce su actividad: “(...) el local y la prostituta tienen una relación establecida de común acuerdo. (...) la prostituta termina su jornada en cuanto consigue un cliente que contrate sus servicios. En estos casos parece que ella tiene un entorno de trabajo más seguro” (Tubert, 2013, p. 11). Esta aseveración se vincula con el hecho de que este trabajo, por lo general, se rige a un sitio específico (aunque no único) y cuyas instalaciones pueden ser utilizadas con el propósito de brindar privacidad, tanto al cliente como a ella misma. La permanencia en este establecimiento es también una forma de resguardo a la integridad física de quienes practican la prestación sexual, puesto que el lupanar cuenta con ciertas normas que deben ser cumplidas a cabalidad.



Sanchis (s.f.), por su parte, define a la prostituta de la siguiente manera: “Es una mujer madura, psicológicamente fuerte, que jamás había imaginado que podría acabar así, pero que controla la situación, no se deja estigmatizar por ella y confía en recuperar la normalidad cuando cambien las circunstancias (...)” (p. 34). En estas líneas se produce un acercamiento a la situación de féminas que en cierto momento de su vida se ven enfrentadas a carencias económicas y encuentran el oficio sexual una posibilidad de percibir ganancias. Simultáneamente, se precisa que el acceso intencionado les brinda la condición de fortaleza, esto significa que ponen todo su esfuerzo en lo que hacen porque saben que es la fuente que les permite costear sus gastos y los de su familia.

Asimismo, Sanchis (s.f.) indica que la ramera puede verse sitiada por ciertos paradigmas de índole moral y social, pero sabe sortearlos: “Vence las resistencias iniciales a base de racionalidad económica (...) no hace de su integridad sexual una cuestión de honor. En la vida hay otras cosas más importantes, como pagar el alquiler a fin de mes o sacar adelante los hijos” (p. 34). Esta definición posiciona a la profesional del sexo como un ser que, a pesar de las circunstancias y a que esta actividad no forma parte de sus planes laborales ordinarios, busca sobresalir. El dinero que genera en este ambiente lo destina para los gastos del hogar, los propios y los de sus parientes.

2.3. La memoria voluntaria

Como antesala al concepto de memoria voluntaria formulada por Bergson (2006) se realizan algunas puntualizaciones sobre algunas categorías que el autor toma como punta de lanza para su estudio. Una de estas aristas es la “percepción” que se vincula directamente con el sistema memorístico que tiene como núcleo al cerebro y que se encarga de analizar y seleccionar los objetos, de forma que los más aptos y aquellos que se corresponden con un objetivo



específico sean exhibidos. Este proceso se denomina efecto de acción- discriminación de los cuerpos (Bergson, 2006). En términos generales, se trata de una actividad puramente práctica y al servicio del individuo y de sus necesidades vitales.

En la teoría del filósofo francés, el cuerpo adquiere una importancia centralizada, puesto que es el propulsor y unificador de las imágenes. Desde la propuesta de Bergson (2006), se trata de una película que interactúa en un ecosistema de figuraciones en donde promueve y recibe movimientos, pero se diferencia de las demás porque reintegra y devuelve lo obtenido en una finalidad práctica. En tal sentido, el autor sostiene que: “(...) mi cuerpo, considerado en un único instante, no es más que un conductor interpuesto entre los objetos que influyen en él y los objetos sobre los que él actúa (...)” (p. 96). Se trata de un conductor por excelencia, situado en un lugar específico, de tal forma que el pasado viene a desembocar en una acción en concreto.

Bergson afirma que las imágenes son gestionadas de tal modo que cada uno de los acontecimientos que se evocan cumplan con las expectativas del sujeto: “Si la imagen retenida o rememorada no alcanza a recubrir todos los detalles de la imagen percibida, una llamarada es lanzada a regiones más profundas y alejadas de la memoria, hasta que otros detalles conocidos vienen a proyectarse sobre aquellos” (p. 112). Se reafirma, de este modo, el esfuerzo empleado en el ejercicio memorístico. Se trata de una operación coordinada en la que las ilustraciones mentales son identificadas de acuerdo a un nivel de relevancia, puesto que deben responder a una finalidad específica.

Una vez precisadas algunas nociones que ayudan a explicar el concepto de la categoría memoria voluntaria, se plasma la definición formulada por Bergson (2006): “(...) tendida siempre hacia la acción. Ella no ha retenido del pasado más que los movimientos inteligentemente coordinados que representan su esfuerzo acumulado, recobra esos elementos



del pasado (...) en el orden riguroso y el carácter sistemático con que se cumplen los movimientos actuales” (p. 100). Se alega que el recuerdo se ciñe a un fin utilitario, a la vez que apunta que no todas las panorámicas se insertan en este proceso porque, con anterioridad, se someten a un proceso de selectividad.

Una de las características de esta memoria es la tendencia a la acción en una actualidad: “A decir verdad, ya no nos representa nuestro pasado, lo actúa; y si aún merece el nombre de memoria no es ya porque conserva imágenes antiguas, sino porque prolonga su efecto útil hasta el momento presente” (Bergson, 2006, p. 100). Su utilidad no es entonces solo el hecho retrospectivo del sujeto, sino el reencontrarse con las cosas vividas y cómo estas le son de provecho. La selección de los recuerdos se da de forma rigurosa alentada por un elemento activador que permite a la mente remontarse en la búsqueda de diagramas gráficos. En otras palabras, es la relación de un hecho actual con uno que ya fue en un tiempo pasado.

2.4. Perspectiva de autoafirmación de la prostituta

En la actualidad existen algunos colectivos feministas que cuentan con la presencia de prostitutas y que apoyan el oficio que estas realizan. El principal cometido de dichas agrupaciones es desestigmatizar la concepción de las trabajadoras sexuales como víctimas de la sociedad y refrendar el hecho de que muchas féminas acceden a este trabajo de forma voluntaria. Sobre esto, Heim (2006) sostiene que las asociaciones que defienden la prostitución como una forma de trabajo critican aquellas ideas que no incluyen aspectos como el derecho al autogobierno, la autodeterminación, el uso social y sexual de los cuerpos (al margen de los preceptos monogámicos y patriarcales), así como las diversas formas de exploración sexual.

En su artículo titulado “Prostitución a debate: el abolicionismo desde la perspectiva de la defensa de los derechos de las trabajadoras sexuales”, Heim (2006) argumenta que: “Ese



esfuerzo conjunto parte de la asunción de la prostitución como lo que en la mayoría de los casos representa: una actividad económica y laboral (sea permanente o transitoria, a tiempo completo o parcial) (...)” (p. 457). Básicamente, el criterio de la autora se basa en el ámbito ocupacional. Dicha labor se encuentra expedita a las necesidades de quienes se introducen en este mundo, de ahí que puede adoptarse como un ejercicio provisorio que requiere solo ciertas horas del día o bien puede realizarse durante varios años.

Adicionalmente, Heim (2006) habla sobre un aspecto positivo que se encuentra en este oficio: “(...) una forma voluntaria de obtención de libertad e independencia de quienes la ejercen, que -al igual que otras elecciones que tienen que ver con la sexualidad- no merece ser juzgada en términos morales negativos” (p. 457). Se asume a la prostitución voluntaria como una forma de ganar el sustento con base al trabajo, mientras que la concepción de autonomía se genera en el sentido en que estas se encuentran fuera del círculo de sumisión del matrimonio tradicional, mismo que restringe su realización individual. Adicionalmente, se aclara que el hecho de que la prostituta ejerza esta profesión no debe ser motivo de discriminación alguna, puesto que constituye una decisión personal.

Arella, Fernández, Nicolás y Bartabedian (2007), por su parte, sostienen: “Consideramos a las trabajadoras sexuales como mujeres autónomas, libres y transgresoras que han elegido una forma de generar ingresos. Con esta elección se enfrentan a todo un sistema patriarcal que enjuicia y condena cualquier acto de rebeldía de sus mujeres (...)” (p. 166). Se alude a dos formas de autogestión de la meretriz, la de carácter sexual y la económica. En lo referente a la primera, la fémina escapa del sometimiento ejercido por la figura masculina en la esfera conyugal y decide sobre su cuerpo y su sexualidad. En cuanto al segundo aspecto, quienes



acceden de forma facultativa a esta ocupación no dependen económicamente de un esposo y se sumergen en la búsqueda de su sustento.

Otro punto de vista que es menester explicitarlo es el hecho de que las personas que se dedican a la prostitución contribuyen económicamente a sus familias. Arella et al. (2007) con base a entrevistas realizadas a sexoservidoras, migrantes en su mayoría, afirman que la incursión en este medio les permite sobrevivir y es una fuente de apoyo para sus hijos y padres que viven en sus países de origen. Según las versiones de las involucradas en dicha investigación, las ganancias obtenidas en esta actividad han posibilitado a sus hijos terminar sus estudios escolares y universitarios; incluso algunas aluden que han logrado sacar de la situación de pobreza y vulneración a sus parientes. Otras también dicen que han logrado ahorrar dinero y que mientras consiguen empleo fijo en cualquier otro empleo se dedican a la prostitución.

2.4.1. Decisión y libertad

Desde la perspectiva de Fromm (1966), el ser humano por naturaleza es propenso a elegir frente a una serie de situaciones. Este proceso se inmiscuye en un pacto selectivo fundamentado en la búsqueda de las mejores opciones. Según Fromm (1966), “(...) el carácter de la elección es el mismo. Es la elección entre una acción dictada por la razón y una acción dictada por las pasiones irracionales” (p. 126). Como ser pensante, el individuo coloca en una balanza todas las consideraciones y analiza cada una de ellas de modo que enfrenta su realidad a las posibilidades que evidencia.

Fromm menciona que la libertad para decidir consiste en una actividad que parte de la convicción de la persona y del reconocimiento de las circunstancias en las se encuentra inmerso. Luego, debe explorar las opciones y las motivaciones. Posteriormente, tiene que realizar un



balance entre los resultados de las alternativas adoptadas. Finalmente, debe contemplar a la voluntad como la fuerza motriz del proceso.

Dentro del mecanismo de la selección se enmarca el concepto de libertad que, en palabras de Fromm (1966), no es más que “(..) la capacidad de elegir entre alternativas opuestas; pero alternativas que implican siempre la elección entre el interés racional y el irracional de la vida y su desarrollo frente al estancamiento y a la muerte (...)” (p. 128). Situado el sujeto ante las alternativas se decanta por las que le son benéficas y le brindan estabilidad, por encima de aquellas que lo mantienen estático o impiden su crecimiento. Este ejercicio que emana de un accionar voluntario persigue una transformación provechosa del individuo, es decir, le permite avanzar.

Dice Fromm (1966) que el concepto facultativo conlleva, necesariamente, el acto de trabajar por el bienestar individual y, justamente, en ese entorno es fundamental la decisión: “No hay más que una realidad: el acto de liberarnos a nosotros mismos en el proceso de elegir” (p. 132). Para el filósofo la categoría mencionada, por medio de la determinación, ayuda al ser a desamarrar las ataduras que la vida le impone. Según Fromm (1966), “(...) el hombre es determinado por las leyes de causa y efecto, pero que por el conocimiento y la acción correcta puede crear y ampliar la esfera de la libertad. De él depende conseguir un óptimo de libertad y librarse” (p. 122). En otras palabras, el ser humano es el único responsable de sus acciones; y de las alternativas que adopte, dependerá su mayor o menor grado de realización.

2.4.2. La maternidad y prostitución

Según Arvelo (2004) la categoría “maternidad” es un constructo social y cultural indisociable de la identidad femenina. Esta condición se encuentra ligado al cuidado, a la protección, al sacrificio, a la conservación y a la incondicionalidad. Desde su perspectiva, el



primer amor de un infante es la madre porque permanece más tiempo a su lado, de hecho, biológicamente forma parte de ella. De ahí que el vínculo progenitora-hijo permanezca latente por toda la vida, inclusive dice Arvelo (2004) la primera suele identificarse en el segundo.

Por su parte, Trujillo (2017) asevera que la mayoría de personas que ejercen la prostitución son madres. Muchas de ellas se insertan en este ambiente luego del nacimiento de sus primogénitos como una manera de solventar los gastos que implica la crianza de los mismos. Conforme a la autora, el quehacer de las hetairas se divide entre el afecto que profesan a sus hijos y la consecución de bienestar financiero que les facilita brindarles alimentación, escolaridad, salud, vestimenta, vivienda, entre otros. Todos sus esfuerzos se encuentran destinados a ellos, pues son la principal motivación por la cual desempeñan la labor sexual.

Esta estudiosa también alude que las prostitutas, en su totalidad, se encuentran en situación de monomarentalidad, dicho en otras palabras, son mujeres que crían a sus vástagos sin la ayuda económica ni la presencia del padre o de la pareja; por consiguiente, toda la responsabilidad recae en ellas. En referencia a la forma en que las trabajadoras sexuales combinan la maternidad y prostitución, y con fundamento en las entrevistas realizadas, Trujillo (2017) afirma:

(...) emanaron vivencias relativas a una “vida oculta”, a la gestión de esta doble vida’ y a las estrategias que se realizan en este sentido, surgiendo elementos relativos a las “técnicas de gestión de la información” en el marco del estigma, destacándose como negativo el temor constante a “ser descubierta” como prostituta. (p. 172)

En la relación entre la sexoservidora y sus descendientes se interpone el estigma social que condena y desvaloriza a la primera. Como respuesta al qué dirán de la sociedad, estas tienden a



llevar una vida oculta, inclusive, suelen mencionar a sus allegados que forman parte de cualquier otro tipo de empleo por miedo al rechazo y a ser tildadas de malas personas.

2.5. La hermenéutica: orígenes, características, aplicaciones

La palabra hermenéutica proviene del griego *hermeneia* que significa acto de la interpretación. La primera pista de esta acción se remontó a la transmisión de los mensajes divinos a los seres humanos, por medio de los oráculos. De hecho, el propio Sócrates designó a los poetas como profetas de la divinidad (Ferraris, 2004). Posteriormente, la Escuela de Pérgamo y los estoicos evidenciaron la necesidad de descifrar textos religiosos de forma alegórica. Con esto se puso en marcha todo un proceso de exégesis de literatura referente al Antiguo Testamento (Ferraris, 2004). Más adelante, surgió la hermenéutica jurídica, resultado de la fusión entre el helenismo y el estado romano, que se empeñó en la interpretación del Código de Justiniano.³

En la Edad Media se siguió con las experiencias basadas en el entendimiento religioso, enfatizando, sobre todo, en lo espiritual, lo moral y lo anagógico (concepción del destino del alma luego de la muerte). Posteriormente, en el periodo del Renacimiento se dio una nueva concepción y lo primero que se hizo fue dejar de lado lo alegórico, debido a su carácter de ambigüedad y se enfatizó en el estudio desde la retórica y la poética (Tornero, 2018). El alejamiento de las ideas patrísticas se dio por la presencia del protestantismo y por la influencia del Concilio de Trento que, entre otras cosas, aludió que los libros religiosos y la propia Biblia debían ser estudiados desde una visión racionalista. Con la Ilustración, se puso fin al análisis de la Sagrada Escritura desde lo alegórico.

³ Compilación de códigos legales que rigieron el imperio romano y comprende aspectos como: principios sobre el derecho y la jurisdicción, acciones de protección de propiedad, obligaciones y contratos, herencia, posesiones, obligaciones y derecho penal.



A partir del siglo XIX se produjo la universalización de la práctica interpretativa. En esta etapa destacó la figura de Schleiermacher, considerado el padre de la hermenéutica moderna, quien afirmó que todo texto considerado ambiguo requería ser abordado desde la técnica interpretativa (Ferraris, 2004). Asimismo, este autor consideró dos formas de análisis: gramatical y técnico, este último elemento en alusión a la psique del del escritor, como una forma de esclarecimiento. Otra figura predominante del siglo XIX fue Dilthey (1833-1911), que defendió la idea de la hermenéutica como eje central de todas las ciencias humanas y sociales. Para él, la labor de desciframiento consistió en la actividad central de las ciencias del espíritu. El método de análisis que propuso se basó en: la vivencia, expresión y comprensión, dentro de esta última incluyó a la exegesis (Torner, 2018). Hay que añadir que este reconoció que el intérprete y su contexto son los que dotan de sentido y vitalidad a un texto creado por otra persona.

Hans- Georg Gadamer (1900-2002) fue otra figura predominante en el estudio de la hermenéutica, él sostuvo que el hombre es un ser con capacidad para comprender y reconocer su entorno y su historicidad. Este autor refirió que el sentido del texto le pertenece al intérprete, pero también hace suyo el acto de comprensión; una ambivalencia texto-lector sumergidos en un ritual de reconocimiento (Cárcamo,2005). Gadamer posicionó al “prejuicio”, realidad histórica del individuo, como elemento central al momento de comprender. Desde su visión, este proceso implicó un lenguaje, un horizonte hacia el cual caminar (Ferraris,2004).

Paul Ricoeur (1913-2005) también configuró como un referente del arte de la interpretación. Para él, esta actividad no solo fue un asunto de carácter técnico, sino también una búsqueda rigurosa de sentido. El filósofo planteó que la reflexión producto del entendimiento no debía ser dirigida hacia el yo sino hacia las acciones (Torner, 2018). Su



pensamiento se centró en entender que el espacio, como rasgo dialéctico, es una disputa permanente entre lo personal y lo otro, de ahí que todo acto de comprensión englobe entenderse también uno mismo. De igual modo, sustentó que el texto puede ser explicado de tal forma que el acto de discernimiento sea el producto resultante de la reconstrucción de la obra por parte del intérprete.

2.5.1. Metodología: el círculo hermenéutico.

Gadamer fue uno de los primeros teóricos que abordó la hermenéutica como un sistema circular que incluye todo un conglomerado de elementos que intervienen en el acto interpretativo. En este sentido, Cárcamo (2005) dice que el círculo de la intelección no es solo un medio en el que circula un conocimiento definido, sino que es la expresión de la existencia misma. En él cabe el saber originario que ilumina el entendimiento propio y del mundo y lo convierte en hechos expresos. Para Nadal (2019), el esquema circular es una cadena de comprensiones resultantes de la fusión de horizontes que engloba tanto los prejuicios del intérprete como el punto de vista del texto. En el círculo hermenéutico, cada uno de los componentes condiciona la existencia del otro; un elemento se encuentra supeditado por la presencia de su consiguiente. Por ejemplo, un elemento está determinado por la precomprensión y por las interrogantes que el lector se haga sobre este, desde un punto de enunciación limitado.

Una de las bases fundamentales de este esquema es el paradigma interpretativo-comprensivo, es decir, es la puesta en escena de las experiencias y vivencias del lector en un contexto temporal y cómo estas influyen en el acto de exégesis textual. Es la ilación de la precomprensión, naturaleza ontológica del ser, y la explicitación. Para Cárcamo (2005), el acto deductivo comprende el acto de trascender el límite de las fronteras textuales para generar reinterpretaciones. La significación que extrae el hablante es el resultado de “(...) un proceso



inferencial fundado en los conocimientos que proporciona el contexto de enunciación. El punto de partida, por tanto, es el significado proposicional (...), que se reelabora a partir de los datos contextuales y que de ahí se infiere” (Nadal, 2019 p. 197). En definitiva, el rol del intérprete se basa en la búsqueda de vías de conexión entre su propia realidad y aquella generada por texto.

Otro de los elementos clave del círculo es el acto comunicativo, entendido como tal la progresión de diálogos, preguntas y respuestas entre el texto y quien se encuentra sumergido en la tarea interpretativa. El propio Gadamer enfatizó en el proceso anticipatorio que implica preguntas y las posibles respuestas que el lector encuentra en el discurso. En relación con ello, Nadal (2019) aborda la coexistencia de un vínculo en el que el traductor se centra en formas de sentir y vivir la otredad. El meollo de la comprensión se encuentra en entender y aceptar las ideas de lo otro, un pacto recíproco entre lo que dice el texto o el interlocutor y sus convicciones. Luego de la fase del diálogo, el sujeto crea hipótesis sobre los enunciados y hace con estos una suerte de jerarquización, después se vuelca sobre el escrito para verificar si las conjeturas son fundadas.

El análisis que se propone será de tipo descriptivo-interpretativo, y con la finalidad de cumplir con el objeto de estudio, se apelará al modelo cualitativo. El método de interpretación será la hermenéutica, desde la perspectiva de Manuel Baeza (2002). Su propuesta formula la concatenación de tres elementos: el contexto, el texto y el lector, elementos imprescindibles para un accionar interpretativo global.

Este segundo capítulo se focalizó, en una primera instancia, en el ámbito de las referencias teóricas sobre el personaje de la ramera. De esta temática se desprendieron asuntos referidos a la presencia de la hetaira en la narrativa latinoamericana y ecuatoriana y, desde luego, el nexos relacional prostituta- literatura, así como las particularidades en la construcción del personaje. En una segunda instancia, se hizo un acercamiento teórico a los conceptos de



prostituta, memoria voluntaria y afirmación, categorías que serán tomadas en cuenta en el estudio. Finalmente, se realizó una breve conceptualización de la hermenéutica desde la perspectiva de varios autores y se presentó el círculo hermenéutico como fundamento para el análisis de la obra en mención.



CAPÍTULO III

Análisis de la prostituta en la obra *Las alcobas negras* de Eugenia Viteri: caracterización y memoria voluntaria

3.1. Floremilia: caracterización del personaje *prostituta*

Sanchis (s.f.) refiere que la meretriz es un individuo fuerte, decidido y poseedor de una madurez emocional, es decir, tiene la plena capacidad para comprender sus sentimientos. Precisamente, en la obra de Viteri, la trabajadora sexual presenta algunas de estas cualidades: “A Floremilia la consideraban una fiesta, una resaca, un amor. Sicóloga entre sus colegas, deslumbradas por su especial particularidad olfativa pronta a desentrañar la personalidad de un cliente (...)” (Viteri, 1995, p. 12). Esta cita no solo alude a ella como la musa excelsa, como representante del erotismo, sino a la forma en que sobresalía entre sus compañeras debido a su actitud extrovertida que generaba confianza. Asimismo, se denota que el oficio sexual le brindó la suficiente experiencia para conocer a primera vista el tipo de persona con quien se relacionaba; distinguía a los de carácter alegre, a los conversadores, a los tímidos, a los extrovertidos, a los aduladores, a los farsantes y a los violentos. A estos últimos les negaba la prestación de sus servicios.

La seguridad que ella proyecta es su mejor carta de presentación en el ejercicio sexual. Como ejemplo se recrea la siguiente cita: “Floremilia tenía el andar, la sonrisa y la mirada de la mujer experta, segura de su belleza, de su magnetismo. Sus caderas reidoras abrían caminos, encendían pasiones” (Viteri, 1995, p. 12). En este caso, se menta, por un lado, a su aspecto físico que, ciertamente, resaltaba por su rostro atractivo y por su cuerpo voluptuoso. Por otro lado, parte de esa confianza se debía a su manera de expresarse, de caminar, de mirar y en su capacidad para socializar: “(...) los engatusaba con sus ojos negros y su piel gitana olorosa a menta que los



animaba con su voz cálida y suave que sabía alimentar su ego (...)” (Viteri, 1995, p. 18). Es notorio cómo hace uso de su habilidad de palabra, su belleza física y su desbordante sensualidad. Combinados estos atributos se vislumbra a una mujer convencida de su encanto y con la suficiente experticia en lo que hace.

La convicción de la dama trasciende el acto sexual y se proyecta en las pláticas sobre diversos temas que mantenía con sus clientes: “Una mujer con la que se podía hablar de cosas tanto intrascendentes como interesantes. Sensata, además amena. Su mirada cálida rebosante de fe, infundía seguridad” (Viteri, 1995, p. 117). El fragmento es un claro reflejo de que los encuentros que mantenía no se regían únicamente a lo erótico, sino que daban lugar a amenas conversaciones que dejan ver su lado humano. Sin duda, esto permite visualizar los pensamientos y conocimientos de ella sobre diversos temas. Cabe mencionar que estos espacios destinados para la convivencia se produjeron una vez que instaló su lenocinio, esto representó una ventaja porque tuvo a su entera disposición el espacio y el tiempo. Adicionalmente, su privacidad se vio resguardada.

La fortaleza de Floremilia también se pone de manifiesto en las situaciones que enfrenta en su ambiente laboral. Esto se refleja en la siguiente pieza textual: “Inspiraba respeto. Mujer entre las mujeres, jamás permitió que se cometieran atropellos en su casa y se negaba a recibir clientes ásperos, vulgares o ebrios desconocidos. Detestaba los gritos, los escándalos y alborotos. Odiaba profundamente la rudeza, la mediocridad (...)” (Viteri, 1995, p. 117). Esta cita advierte que era un individuo de carácter decisivo, que brindaba y exigía respeto a quienes acudían al establecimiento en busca de placer. Del mismo modo, es apreciable cómo desde su posición de maestra del erotismo tenía toda la potestad de decisión acerca de su cuerpo y de su sexualidad; de ahí la rigurosa selección de a quienes prestaba sus servicios. Adicionalmente, es relevante el



temperamento calmado, pero no permisivo de la dama, así como su inclinación por la laboriosidad.

Otra de las características es su carácter extrovertido. Este aspecto se pone de relieve en las siguientes líneas: “(...) los clientes (...) veían en Floremilia a la mujer amiga dispuesta a saborear un buen whisky, celebrar un chiste, apreciar un buen estilo de ropa, destacar la bondad de un calzado. Nada escapaban a esos ojos penetrantes y risueños” (Viteri, 1995, p. 116). Este argumento, proveniente de una visión exterior, pone de evidencia el comportamiento de la fémina en su círculo de trabajo. Se la retrata como una persona de mundo, conocedora de diversos aspectos y situaciones y, como tal, sabe de vestimenta y bebidas. De hecho, “Al verla sencilla y diáfana departir con sus amigos, nadie hubiera pensado en su actividad, en su clase de trabajo” (Viteri, 1995, p. 117). Este alegato desecha el imaginario que suele dibujar a las prostitutas como sujetos sin educación. Por el contrario, ella configuraba como un sujeto instruido capaz de entablar diálogos de igual a igual con los hombres, accionar que en espacios como en el hogar, por el solo hecho pertenecer al género femenino, se le hubiese negado.

Además de lo señalado, para entender a cabalidad la caracterización de este personaje, es menester hacer un acercamiento a su etapa de agonía, en la cual experimenta impresiones de culpabilización respecto a su vida como prostituta. Esta actitud es perceptible en la presente proposición: “Las camas, los camastros, los catres, los chincheros por los que transitó su humanidad plena, su continente ameno, ni fueron suyas ni fueron elegantes, ni fueron bonitas” (Viteri, 1995, p. 13). Por un lado, es notorio que se alude a la prostituta y a su interminable ejercicio en la labor sexual. Por otro, el discurso remite no solo al aspecto y a la utilidad del enser material de la alcoba, testigo de sus andanzas, sino que tras esta insinuación se esconde una especie de repudio hacia la acción misma del trabajo sexual.



Es manifiesto cómo las perspectivas exteriores influyen en los rastros desasosiego: “Le duele saber que recordarán en ella a la mujer disfrutada treinta minutos, una hora... y esa cama vacía junto a la suya, esa camucha cualquiera con sábanas sin historias de amor” (Viteri, 1995, p. 25). Prácticamente lo que experimenta Floremilia es un sentimiento de intranquilidad que se fomenta en opiniones ajenas, al qué dirán. Por ello, se reclama no haber elegido otra forma de ganarse la vida. Sobre esto Juliano (2002) menciona que la estigmatización se presenta como un fenómeno externo que influye directamente en la individualidad de los sujetos. Esto puede conllevar la presencia de autodesvalorización, depresión y hasta problemas psicológicos.

La protagonista subraya, asimismo, la falta de empatía por parte de sujetos de su mismo género que no forman parte del oficio sexual: “Si las señoras no putas como ella, no de la vida como ella (...) supieran cuánto duele esta profesión que no es como cualquier otra, sí peor que otras, no la despreciarían con tan extremada vehemencia” (Viteri, 1995, p. 18). En esta cita se esclarece cómo el personaje alude a una percepción externa que implica puntos de vista discriminatorios relacionados al rechazo hacia el oficio sexual y hacia quienes la practican; esto influye en su forma de pensar. El alegato se dirige hacia sus congéneres, mismas que no tienen ningún reparo en tildarla de mala persona debido a su trabajo. A ellas les hace saber que no poseen la potestad para juzgarla porque desconocen su pasado y su condición.

3.2. Floremilia: una mujer sin tutelaje, amos ni patrones

Desde la perspectiva de Tubert (2013) la prostituta es una mujer que comercia con su cuerpo y recibe a cambio un estipendio monetario. Justamente, en la novela de Viteri se percibe que Floremilia hace del oficio sexual una forma de ganar dinero de forma independiente. Esta situación se evidencia en el siguiente fragmento: “Retozó muchísimas veces en camas funcionales, en literas estrechas y en catres dudosamente limpios. Sus muslos florecieron cuando



el cliente de mentón decidido y mano generosa, añadía ceros a la cifra establecida” (Viteri, 1995, p. 13). Es perceptible que la fémina mantuvo relaciones sexuales con hombres, motivada principalmente por la consecución de réditos económicos. En realidad, se advierte que sentía satisfacción cuando los visitantes pagaban más por sus servicios. Cabe recalcar que, al inicio de su profesionalización, no tuvo un lugar fijo ni adecuado en el que atender y los encuentros se daban en distintos lugares. De ahí la expresión de que muchas de las camas no eran pulcras y otras eran angostas.

Uno de los acontecimientos relevantes, y que caracteriza a la meretriz, es el hecho de que se inmiscuye de manera voluntaria en el ejercicio de la prostitución. Cabe puntualizar que esta acción se produce debido a la falta de oportunidades laborales para ella: “«Seré yo Magdalena arrepentida, no. Yo no tuve alternativa y no estoy ni un poquito arrepentida. Mas, si hubiera conocido a un hombre como Jesús, no me habría resignado a mi situación de mujer cotizada, solamente»” (Viteri,1995, p. 19). La voz interior corrobora la necesidad de pertenecer a la prostitución y deja en claro que no tuvo otra salida, pues en el entorno en el que se desarrolló no encontró espacios laborales que le permitiesen salir del círculo de opresión al que las sometía el machismo. Incluso, destaca que, si hubiera tenido la oportunidad de acudir a un centro de estudios, su vida hubiese sido mucho mejor. El no haber recibido instrucción no fue causa de frustración, por el contrario, vio en la labor sexual una oportunidad para salir de la pobreza y ser una persona de reconocimiento.

Floremilia recuerda que su oficio le brindó algunas ventajas: “(...) mujer sin tutelajes, sin amos, sin patronos. Un año de vivir para sus preferencias; vestir comer a satisfacción, (...) feliz como un pajarito suelto, como un hombre enamorado, como un hombre frente a muchos dulces y juguetes (...)” (Viteri,1995, p. 75). Para lograr desentrañar este fragmento es importante



retomar información sobre la Floremilia de antaño, un sujeto inmiscuido en un ambiente conyugal lleno de violencia simbólica y en el que se encontró despojado de libertad de decisión económica. El acto de salir de este entorno fue sinónimo de emancipación, puesto que tomó las riendas de su existencia y accedió a un trabajo remunerado como trabajadora sexual. Esto también es una forma de autonomía porque tras suyo no existieron personas que controlen sus gastos ni la manera de obtener los recursos.

Al formar parte del trabajo sexual de forma deliberada, ella tuvo como objetivo no solo hacer de este una fuente de sustento, sino también convertirlo en un ancla desde el cual hacer notar su nivel de profesionalismo. Esta actitud se corrobora a continuación: “(...) reafirmaba su orgullo de sacerdotisa que ejercía su voluntad y repartía sus bondades, entre quienes se deslizaba su vida. Nunca se sintió marginada. Limitada sí, en su transcurrir de proyecciones espirituales refinadas (Viteri, 1995, p. 75). En esta afirmación encaja perfectamente el pensamiento de Sanchis (s.f.) acerca de la meretriz como un sujeto que deja de lado los estigmas y realiza el oficio con solvencia y experticia. Para la protagonista no se trataba de una cuestión de honor, más bien, la prostitución constituía un espacio que le permitía tomar decisiones sobre su cuerpo y su economía, no un ámbito de exclusión. No obstante, de vez en cuando lo moral y lo espiritual asaltaban su mente y empezaba a cuestionar si su forma de actuar era la correcta.

El montaje del lupanar es una de las más grandes y a la vez complicadas proyecciones de la protagonista debido a que requiere de un lugar propio en donde, en compañía de otras féminas, brindar el servicio a la comunidad masculina. Esta situación se demuestra en las siguientes líneas:

Empezaron a trabajar tres meses después de una ardua labor organizativa y cuando

Floremilia ya desesperaba, presa de un profundo agotamiento y muchísimos temores por



los egresos diarios. No obstante, esperanzada porque en el fondo de su alma, una fuerza vigorosa, aunque desconocida la animaba en sus peores momentos. (Viteri, 1995, p. 30)

La inauguración de la casa de citas le arrojó una serie de inconvenientes financieros debido a que tuvo que disponer de un local propicio para este fin. Además, tuvo que implementarlo con el recurso humano (el equipo de trabajadoras sexuales) que, desde luego, requirió de una laboriosa entrevista y posterior selección. La preocupación que experimentó la mujer se vio compensada por su valentía y por su afán de buscar una oportunidad que le permitiese salir adelante de forma autónoma. En este transitar impulsó a otras colegas a unirse a su plan e inició con ellas las operaciones de la casa del amor.

Una vez instalado el prostíbulo, Floremilia sugirió a sus compañeras poner todo su esfuerzo en la labor que realizan porque les proporcionaría recursos suficientes para superar sus necesidades financieras: “¡Empezarían otra vez! No más quietudes y preocupaciones económicas. No más jefes tiranos. No más estómagos lánguidos. No más” (Viteri, 1995, p. 58). Aquí se posiciona a la actividad sexual como un trabajo, una forma de ganarse de la vida. Cabe destacar que Floremilia acogió en su lenocinio a mujeres que deseaban salir de círculos de marginalidad y no encontraban opciones laborales a las que insertarse. La cita también alude que este oficio les brindaba cierto nivel de flexibilidad de horarios. Hay que tomar en cuenta que, a diferencia de otras ocupaciones regidas por un supervisor o jefe, las sexoservidoras programan sus citas o, en todo caso, entran en un consenso con el potencial cliente.

La relación entre prostituta y cliente entra en un mecanismo contractual en el que la primera vende el desempeño erótico y el segundo paga por el disfrute sexual. En esta lógica: “(...) recuerden: somos estetas del amor, buscamos un medio de vida, no el placer por el placer”. ¡El placer para ellos que para eso pagan! Para nosotras un trabajo (...)” (Viteri, 1995, p. 57). El



discurso dirigido a sus indiciadas apela, nuevamente, a la consideración economicista del acto sexual. Indiscutiblemente, se plantea a la prostitución como una forma de generar recursos para ellas mismas o bien para enviarlos a sus familiares. Asimismo, la alocución toma distancia a la creencia de que la cópula es un medio de obtención de satisfacción mutua en un ambiente de afecto. Lejos de esta percepción, se trata, más bien, del intercambio entre la satisfacción sexual y lo pecuniario.

Como promotora del lupanar, Floremilia da vuelta a la dinámica que la mantuvo en estado de pasividad en la institución matrimonial y, como mujer sin imposiciones, establece lineamientos para los clientes so pena de negarles el servicio: “Para ser admitido, el cliente o usuario, presentará la tarjeta azul que se otorga previa investigación y solventará, los gastos que demandan sus preferencias” (Viteri, 1995, p. 34). Es menester avocar que la meretriz realiza una clasificación de los visitantes en cinco grupos de acuerdo a su comportamiento: los locos geniales, los brillantes, los inteligentes serenos, los mediocres tímidos y los tontos útiles. Cada uno de ellos, como requisito previo, debía pasar por una prueba que incluía una serie de preguntas como forma de selección. Simultáneamente, debían pagar de forma anticipada el servicio, esto como un modo de prevención a que se nieguen a hacerlo luego del acto o bien mantengan conductas reprochables.

Bajo el patrocinio de la casa de prostitución, Floremilia aplica un reglamento con la finalidad de cuidar la integridad física, emocional y la salubridad de su equipo de sexoservidoras: “4)- Si el solicitante o usuario da muestras de brutalidad, apasionamiento; es burdo y estornuda, huele mal, eructa o libera sus gases en el momento de mayor intimidad, deberá ser reportado. Estas desagradables minucias sólo las tolera la rutina conyugal” (Viteri, 1995, pp. 33-34). Es crucial cómo uno de los puntos del reglamento se contrasta, de forma directa, a su vida en pareja



en la que tuvo que callar el sometimiento sexual. En la nueva fase vivencial, la mujer no permite la reproducción de dicha práctica y exige sus derechos. La meretriz y sus compañeras se encuentran protegidas por la normativa y tienen toda la potestad para rechazar a quienes consideraban no idóneos, tanto por sus malos hábitos higiénicos como por su comportamiento condenable. En resumidas cuentas, ella impone las reglas y el género masculino las obedece.

Cumplido un año de labores, y como una forma de festejo a la buena acogida y a las considerables ganancias arrojadas por el prostíbulo, planea un evento de gran envergadura que reúne a varias personalidades: “(...) Floremilia organizó una fiesta de primera. Adecuar las salas, disponer el menú, escoger los licores, seleccionar la música, redactar las invitaciones —y su fuerte no era la redacción que menudos problemas la ocasionaba— le tomó un mes” (Viteri, 1995, p. 74). El sujeto emancipado de la conyugalidad actuaba de forma proactiva, atrás quedaron los vestigios de una esposa imposibilitada de mirar más allá de su compañero sentimental y despreocupada de su bienestar. El burdel y la conmemoración de su montaje no vienen más que a corroborar su transformación, se trata de una nueva modalidad de mirar el mundo y de mirarse a sí misma.

La celebración es una clara muestra de cómo ella posee una enorme capacidad organizativa: “Ebria de esplendor, de diafanidad en su fiesta, se mantenía atenta. Cuidando que el champán estuviera frío, los invitados a plenitud, las chicas, sus chicas, sus amigas, sus compañeras obsequiosas sin dejar de ser altivas y agradables (Viteri, 1995, pp. 75-76). Esta cita hace énfasis en su perfecto desenvolvimiento en la ejecución de la fiesta de aniversario. Destacaba por su destreza para planificar y desarrollar el evento. De igual modo, se ocupaba de los más mínimos detalles y tiene presente que debe dar una buena impresión a los invitados, puesto que muchos de ellos eran personajes con cierto nivel de reputación y pertenecen a la clase



social alta. Por estas razones, Floremilia se mantenía pendiente de que sus colaboradoras, actrices principales del espectáculo, se muestren amables y acompañen a los varones en la velada.

A la par de que sus esfuerzos dan frutos y es económicamente autosuficiente, experimenta satisfacción por la transformación de su carácter: “Lo soñó, lo deseó. Ahora disfrutaba. Su trato con los hombres, respetuoso, cordial, la tornaba segura y robustecida en su condición de mujer sin imposiciones domésticas ni maridajes que la importunaran. Nada que le obligara a dejar de ser ella. ¡Ser pensante!” (Viteri, 1995, p. 75). Desde su situación de reclusión en el contexto matrimonial veía con inquietud cómo su marido ejercía violencia simbólica, pues racionaba su alimentación y controlaba el dinero que le proporcionaba. Asimismo, recuerda cómo este la miraba como un objeto de disfrute sexual. En cambio, con el emprendimiento del lupanar, posee, con base a su esfuerzo, el suficiente dinero para gastarlo en lo que gusta (alimentación, vivienda, salud, maquillaje, vestimenta, etc.). En cuanto a la consolidación de su carácter, se vuelve una mujer segura que sabe cómo desenvolverse en un ambiente rodeado de hombres. Atrás quedó el sujeto sumido en la subordinación, en su presente solo respondía a su voluntad.

3.3. Floremilia y la memoria voluntaria: el cuerpo agónico y las reminiscencias de la niñez y adolescencia

Esta parte del estudio se centra en el análisis de la memoria voluntaria de la prostituta desde la visión de Henry Bergson (2006). El autor define este concepto como el proceso de selección de imágenes mentales de forma facultativa. En la recopilación memorística es trascendental la presencia de la materia corporal. En efecto, el organismo moribundo de Floremilia es el punto originario de una serie de representaciones que desembocan en diversas circunstancias de su vida; esto con el ánimo de sacar beneficio para el ser. Para el abordaje de



esta temática se toma como referencia la decodificación de la infancia y juventud de la protagonista, precedidas por la contextualización de la situación agónica del personaje.

Para Bergson, la materia corporal, situada entre los objetos que lo influyen y sobre aquellos que interviene, tiene la tarea fundamental de recibir los movimientos y transmitirlos en forma de bosquejos gráficos. En el caso de la obra narrativa, la humanidad agonizante de la protagonista es el punto de partida de las representaciones mentales: “Descubre sus manos extenuadas, sus entrañas sin el fuego que la calcinó en los inviernos (...) La camucha en que yace su vida desolada la deprime, la fragilidad de su vida que se le escapa la enferma más” (Viteri, 1995, p. 11). Se observa a un individuo débil y de espíritu agobiado. A esto se suma el sufrimiento emocional al saber que pronto dejará de existir. Aquí “Floremlia adquiere conciencia de su muerte en ese duro camastro “«Muerte segura. Muerte natural, lenta no. Poco a poco, no (...) morir es volver a la tierra o a la nada»” (Viteri, 1995, p. 11). Esta cita describe la sensación desgarradora que experimenta al saber que es un sujeto condicionado por la muerte. Aunque es alusivo la percepción angustiosa de que la vida se agota de manera dilatada se insinúa que su deceso ofrece también una oportunidad de remanso a su fatigada existencia.

Desde su estado de postración y ante el manifiesto estado de ceguera se pregunta cómo se verá su cuerpo. Lo imagina precario, y lo compara con uno de antaño, perfilado por la hermosura y la sensualidad:

No puede ver ni oír, pero siente que varias manos mueven su cuerpo, levantan sus brazos, corrigen sus ropas, arreglan sus piernas. La visten tal vez. ¿Lucirá demacrado su rostro de facciones delicadas? Sus ojos negros, otrora alegres, luchadores, vivaces, habrán perdido su brillo y su cabello, aquel bosque exuberante separado en dos crenchas prietas, placer selectivo del pintor (...). (Viteri, 1995, p. 64)



Manifiestamente su cuerpo es un organismo frágil. La enfermedad y el paso de los años han cerrado sus ojos y han taponado sus oídos. Ya no es un sujeto funcional y depende de terceras personas para realizar simples acciones o movimientos. A cerca de su físico, se interroga si todavía conserva la lozanía; de sus ojos sabe que están irremediablemente apagados. Se cuestiona, también, sobre el estado de su cabellera, frondosa y bien cuidada en tiempos de antaño.

De la totalidad corpórea menguada, tan solo la mentalidad de Floremilia se encuentra en perfecto estado para emprender el viaje memorístico que tiene como primer paraje su niñez:

Algo queda. ¡Su cerebro! Su cerebro piensa, escucha, recuerda. (...). ¡Anhelos, ambiciones, cualquier cosa por una vida mejor! Una vida por ejemplo con postres en la mesa (...) y fiesta de quince años. ¿Es que alguna vez tuvo quince años? (...) ¡No! Nunca tuvo quince años con fiestas, amigos, ni en la fiesta nupcial porque en la miseria ¿quién piensa en esas cosas? (Viteri, 1995, p. 54)

Pese al estado agónico, no todo se halla perdido, le queda la memoria que, como poderoso artificio, la remite al pasado en búsqueda de su huella vital. La primera fijación de su pensamiento recae en su infancia, momento en el que soñaba una vida lejos de las carencias, del hambre. Este era el inicio de sus aspiraciones, deseaba una existencia en la que pudiera disfrutar los manjares más espléndidos y celebrar su cumpleaños. Su pensar reconfigura la idea que tenía en su etapa pueril: haría todo lo posible por escapar de las garras de la miseria e intentar construir un destino holgado.

Los primeros bocetos conmemorativos del personaje se consagran en una especie de ensoñación en la que se mira en medio de un paisaje de belleza inigualable donde experimenta una impresión de libertad: “Sus manos pretenden escoltar esos pájaros de fuego que se resisten, ora rodeándole, ora tomando su cuerpo (...) La niña está hecha de pájaros y sueña viajar con el



viento, conocer islas, aspirar mil perfumes y coleccionar muchas mariposas” (Viteri, 1995, p. 14-15). La travesía memorística desencadena una aspiración que tuvo en su niñez a través del recurso metafórico. Los pájaros, inequívocamente, simbolizan la añoranza de escapar del círculo disfuncional familiar y de la pobreza imperante que se instalan en las cuatro paredes de la desvencijada casa; ella soñaba tener una vida digna. Las imágenes que plasman a las aves alejándose y luego acercándose son una muestra de que su futuro, el que prometía ser decoroso, parecía cercano y a la vez distante. No obstante, la convicción de que trabajaría por construirse un destino esperanzador le brinda la certidumbre de que lo conseguiría, que conquistaría el mundo.

De forma paulatina prosiguen sus recuerdos: “«En los inviernos largos, un toldo de zaraza lila impedía la invasión de mosquitos sobrevolando dentro del infierno habitado por seis cuerpos húmedos que emanaban sus hedores y exteriorizaban su incomodidad con gestos y movimientos que escondían tímidas protestas»” (Viteri, 1995, p. 14). El pasaje testimonia la situación de precariedad que enfrentó la mujer en sus primeros años de vida. Las fotografías que recupera su cerebro muestran cómo ella y sus hermanos no tuvieron una cama propia, peor aún, un cuarto individual. La cita también deja entrever cómo el tamaño pequeño de la litera impidió que los menores tuvieran un descanso ameno debido a la apretazón de los cuerpos y al calor que esto provocaba.

Las representaciones a las que alude Bergson (2006) poseen un fin utilitario. Efectivamente, en la narrativa la remembranza tiene como objetivo desentrañar el uso del poder por parte del progenitor para someter a su familia. Con respecto a esto, la presente referencia brinda algunas pistas: “(...) con el mismo (..) ímpetu con que les propinaba las palizas se refocilaba con ese cuerpo menudo de carnes mustias que se abría noche a noche. ¡Nunca pudo



negarse, de hacerlo no le habría dejado el dinero para los almuerzos!” (Viteri, 1995, p. 56). Por un lado, el ejercicio mental permite visibilizar cómo la figura paterna, que debería configurar como el pilar de protección hacía uso de la violencia para vejar los cuerpos de los vástagos. Por otro lado, es palpable la forma en que, luego de emplear su energía en maltratarlos, forzaba a su mujer a mantener intimidad. En este contexto, es válido mencionar que esta se encontraba sometida al chantaje emocional: de no acceder a los pedidos del marido no tendría alimentos en la mesa.

Floremilia haciendo uso de la memoria apela al develamiento de las prácticas de agresión ejercidas por el padre. En este caso, el abuso se produce debido a la ruptura de ciertas normas por parte de los infantes. Según Jaramillo (2020), “El sistema sexo- género y sus formas de relacionamiento influyen en la cimentación de los cuerpos, marginando aquellos que rompen dicotomías y sometiéndolos a situaciones violentas a aquellos que no están dentro de sus parámetros” (p. 166). En la obra es visible que los niños no permanecían tranquilos sobre la cama, rehusándose a dormir, situación que despierta la personalidad agresiva del familiar:

—Muchachos del demonio, ahorita sí que les doy. ¡Mariana, Mariana trae la correa de mi pantalón!

—Con la correa no. ¡Quietos que van a romper el toldo! ¡Hijitos, hijitos, basta!

—Qué hijitos ni qué vaina, estos muchachos son unos salvajes

(...)

Enfurecido ya, el padre se convertía en una bestezuela y la madre recibía -por defenderlos- los azotes que lanzaba al azar. (Viteri, 1995, p. 55)

El maltrato se produce a partir del incumplimiento de la orden proporcionada. En concreto, la desobediencia es una muestra de afrenta a su carácter de autoridad y provoca que los



tilde de “salvajes”. En este ejemplo se ilustran dos posturas: la de dominante y la de dominado. La visión del primero es imponer orden a pulso de maltrato físico mientras que los segundos, las víctimas, intentan ser protegidas por la progenitora que también termina siendo parte de los agredidos.

Los recuerdos de la infancia se centran, asimismo, en mostrar cómo, en dicha etapa, veía a su progenitora supeditada a las labores domésticas y a la complacencia del esposo. Esta situación se pone de relieve en las siguientes líneas:

Sus obligaciones de esposa y madre la encadenaban al fogón sombrío y en las noches la tendían sobre un oscuro camastro que no se desprende de su retina. Frente a ella, los ojos de su madre, se diría los de un ladronzuelo asustado, ya lavando ropa, ya cosiendo, ya planchando los pesados pantalones del marido, ya arreglando los vestidos de sus hijos (...). De sus labios ni un reproche. (Viteri, 1995, p. 56)

La menor configuraba como testigo presencial del temor y de la frustración que experimentaba su madre al ser obligada a cumplir las labores del hogar; lo que la llevó, además, a descuidarse física y emocionalmente. Es evidente cómo se le quitaba la voz a la mujer y se le negaba la expresión a cualquier tipo de sentimiento. Es como si se tratara de un objeto programado para cumplir tareas. Cabe mencionar que el ver a su madre en esta circunstancia constituía una forma de advertencia para ella, puesto que no debía repetir la misma historia.

En la misma dirección, la memoria deja al descubierto cómo a temprana edad se queda huérfana de madre. Ciertamente, el descuido físico acompañado de la dureza del trabajo doméstico hace que su estado de salud se deteriore considerablemente: “Fue secándose como las hojas sin que sus ajadas carnes dejaran de ser el bocado predilecto de su hombre. Murió y apenas se enteraron” (Viteri, 1995, p. 56). En un sentido, la desvalorización de la figura materna llegó a



tal grado que ni siquiera su debilidad corporal constituyó un impedimento para que sea objeto sexual. En otro sentido, el fallecimiento de la progenitora no resultó preponderante para los hijos debido a que no poseían una noción clara de dicho acontecimiento. No obstante, este hecho, acompañado de la desaparición repentina del padre, conllevó a la desintegración familiar: los vástagos de más edad pasaron al cuidado de los abuelos. Mariantonia, su hermana, fue contratada como empleada doméstica, mientras que Floremilia y su hermano, Segundo Octavio, fueron acogidos por sus tíos.

La memoria voluntaria formulada por Bergson apela como prioridad a los elementos más relevantes del pasado. Es así que, una vez desatado el vendaval memorístico, surge el primer esbozo de la juventud de la mujer que, ciertamente, le recuerda el abuso: “Le duelen los brazos. La habitación la deprime. Su soledad la ofende. Descansa sin otra compañía que sus sueños ácidos ¡sola! Sola, cuando la violó Negrolindo y su hermana retornó muy a tiempo para prepararle varios remedios caseros (...)” (Viteri, 1995, p. 21). El pasaje alude a la sensación de desolación y falta de apoyo familiar que experimentó en la circunstancia de violencia sexual vivida en su adolescencia, idea fundamentada en la “normalización” de este tipo de circunstancias. Asimismo, se describe que no existió ningún tipo de castigo por parte de la justicia hacia el agresor.

Los recuerdos a los que alude la meretriz intercalan en el acto de violación que sufre en su juventud y cómo su hermana, Mariantonia, participa del mismo. Ella es conviviente de un hombre que apenas descubre que no es virgen, la llena de reproches. La obsesión del marido por desflorar una doncella hace que termine condicionándola para que forme parte de la búsqueda de alguien con quien pueda satisfacer sus instintos: “— ¡Por supuesto, de eso estoy muy seguro, Mariantonia! Una virgen para disfrutarla una sola vez y un ratito y te prometo que me casaré contigo, ah... ¡también por la iglesia!” (Viteri, 1995, p. 48). Conseguir una muchacha virgen



constituye la panacea para un buen matrimonio, según la perspectiva machista infundada en Negrolindo; incluso es el motivo para perdonarla no serlo. Al mismo tiempo, se aduce que la propia fémina considera que el no ser virgen afecta su consideración y disminuye su valor como mujer; de ahí que convenza a Floremilia para que su esposo pueda satisfacer sus instintos.

Llegado a este punto, es conveniente realizar el análisis del comportamiento de Mariantonia. En este contexto, Floremilia se acuerda cómo su consanguínea, coadyubada por su marido, actuó de forma inmoral al inducirla a complacer las ansias sexuales de este: “De repente llegó Floremilia (...) aproveché su presencia (...) para suplicarle que se acostara con él (...). Cedió cuando le invoqué que lo hiciera por mis tres hijitos (...). Caro muy caro me costó ser, esposa y madre de tres hijos legítimos” (Viteri, 1995, p. 49). Una de las ideas principales es la consideración errada de que las mujeres adquieren la categoría de señoras luego de haber sido desvirgadas por los maridos. Mariantonia no se sentía completa porque consideraba que se entregó al hombre sin ser virgen. Según su percepción este hecho la deshereda del título de esposa respetable. El afán por ser aceptada por su pareja la llevó inclusive a interponer a los niños como una motivación para que Floremilia, siendo menor de edad, ofrezca su castidad a su cuñado; lo que supone un evidente acto de agresión sexual coaccionado por su pariente.

Mariantonia se configura como sujeto agraviado y a la vez como victimaria. Es, desde la perspectiva de Handelsman (1997), “(...) una víctima inocente que solo deseaba ser aceptada por la misma sociedad que la había violado sexual y espiritualmente. De hecho, un aspecto trágico de su caída radica en haber adoptado como suyo el cinismo de la sociedad explotativa” (pp. 90-91). En otras palabras, aunque sufrió una serie de abusos, incluyendo la vejación sexual, también se volvió agresora al denostar a su consanguínea. En vez de rebelarse contra el sistema opresivo, formó parte del juego convirtiéndose en el caballo de troya que pone en jaque a otro individuo



solo por complacer el comportamiento misógino del hombre. La actitud adoptada por esta mujer y el sacrificio burdo al que somete a otro individuo no es más que egoísmo y falta de empatía por los demás.

Este capítulo se centró en dos fases: la caracterización del personaje *prostituta* y el abordaje de *la memoria voluntaria*. La primera sección enfatizó sus cualidades físicas y su comportamiento. Se determinó que durante su etapa como trabajadora sexual fue una mujer de singular belleza. En cuanto a su comportamiento, se constató que tuvo un carácter extrovertido, alegre y magnético. En lo que corresponde a su oficio se detectó que fue una experta en las artes amatorias, una mujer inteligente, informada y que brindó y exigió respeto. A modo de complemento se hizo un breve acercamiento a su etapa agónica, misma que dejó constancia de cierto desasosiego frente trabajo sexual. Más que nada, este sentimiento se produce debido a influencias externas; de ahí la mención de que tiene miedo que las personas la recuerden como una mujer de mala vida. En lo referente a la memoria voluntaria, se evidenció que se gesta a partir del estado agónico del personaje y se ancla en su infancia y niñez. En esta etapa, la reminiscencia, como herramienta utilitaria, permitió verificar prácticas de maltrato físico que recaen tanto en su humanidad como en la de su madre y hermanos. Al mismo tiempo, se probó cómo los trazos memorísticos revelan cómo en su adolescencia fue agredida sexualmente por su cuñado, en una clara demostración de poderío machista.



CAPÍTULO IV

Autoafirmación, decisión-libertad y maternidad en el personaje prostituta en la obra

Las alcobas negras de Eugenia Viteri

4.1. Floremilia y su autoafirmación

Para el abordaje de esta categoría la investigación se fundamenta, en un inicio, en el punto de vista de Daniela Heim (2006) que sustenta su propuesta en el hecho de que la prostituta es una trabajadora del sexo y la prostitución se establece como una actividad económica. Otra óptica que se toma en cuenta para el estudio de dicho concepto es la visión de Arella et al. (2007). Estas autoras denominan a las meretrices como personas que ejercen un grado de libertad de decisión en cuanto a la labor que ejercen. Para ellas la determinación se encuentra ligada a una suerte de solvencia y libertad, solidez en el sentido que encuentran en la industria del sexo una fuente de obtención de recursos y autonomía a la hora de administrarlos.

Tras la salida del espacio conyugal, la única opción que Floremilia encuentra para sobrevivir es el trabajo sexual. Si bien no lo considera como la mejor opción, es un medio de subsistencia que, incluso, le permite escalar socialmente: “Dueña de una gran casa, producto de cuatro años de labor ininterrumpida. Floremilia se dispuso a trabajar para sus clientes junto a un equipo de muchachas de primera clase” (Viteri, 1995, p. 26). Por primera vez la fémina tomó un rol activo y se volvió independiente. Se lanzó al ruedo de lo laboral y, en alianza con otras mujeres, hizo del oficio de la prostitución un gran negocio. Llevar a cabo dicha empresa requirió de un ambiente organizado: “Códigos, artículos y reglamentos salieron del cerebro de Floremilia con el propósito de que la casa marchara bien (...). El ingreso (...) lo regía una ley que se cumplía en todas sus partes, so pena de ser negada la solicitud” (Viteri, 1995, p. 30). Evidentemente, la



facultad organizativa y la inteligencia de la mujer fueron coadyuvantes para conseguir su propósito: la obtención de un escalafón de libertad económica, renombre e influencia social.

Floremilia pasa de la dependencia económica a un grado de autoabastecimiento financiero producido por las utilidades que le proporciona ser esteta del amor. Por vez primera tiene en sus manos dinero generado por ella y siente la satisfacción de administrarlo: “No le faltaron las piedras auténticas, las anécdotas, los perfumes de allende los mares, las joyas que exornaron su cuello de cisne travieso. Sus manos, gacelas extraviadas dedicadas a incentivar regiones. ¡El dinero sabiamente obtenido!” (Viteri, 1995, p. 15-16). Se denota que poseyó cuán bien material desea; el sueño de su niñez convertido en realidad. Atrás quedó todo indicio de servilismo, en su presente disfrutaba de los logros conseguidos con base a su esfuerzo. La frase que menta a la forma inteligente de ganar recursos, sugiere la resolución de hacer del sexo, que en el matrimonio es una obligación, un servicio mercantil. Sobre esto, Lagarde (2005) sostiene que tanto en el concubinato como en la prostitución se comercializan los servicios sexuales de las mujeres. La única diferencia es que se desarrollan en organismos distintos y en condiciones diferentes; el uno se lleva bajo cierto grado de coerción mientras el otro se basa en un contrato entre dos personas.

En relación a lo antes mencionado, desde su condición de prostituta contempla a las esposas de los clientes del lenocinio y en una suerte de comparación alude: “¡Cuánta actividad, cuánto amor, cuánto dinero en un año! También...cuántos seres colmados, cuántas mujeres ignoradas por sus maridos, devoradas por la insatisfacción, aletargadas de desconocimiento se reprodujeron sin conocer el amor” (Viteri, 1995, p. 86). El fragmento infiere cómo la hetaira se define como un sujeto autosustentable gracias al trabajo con su cuerpo y a los beneficios monetarios que acapara. Argumenta que, por el contrario, las convivientes de los visitantes se



encuentran sumidas en el descontento y en la infelicidad y sin posibilidades de salir de dicho contexto, peor aún, de generar dinero. La alusión al amor brindado en cada sesión es una forma irónica de referirse al acto sexual, pues es perceptible que ella y sus adeptas no mantiene vínculos con los frequentadores.

La característica positiva que gira en torno al desarrollo económico del personaje se ve resaltado por opiniones de terceras personas como Mariantonia. Sobre ella afirma: “«Floremilia (...) lo acaparó todo: inteligencia, belleza y un agudo olfato para ubicarse en los mejores sitios, en las mejores circunstancias (...) Despreció hombres, maridos, dineros, porque conocía muy bien sus metas (...)»” (Viteri, 1995, p. 29). Y es que a diferencia de Mariantonia que se empeñó en vivir de lujos proporcionados por hombres adinerados, Floremilia entendió muy bien, que un varón no podía brindarle libertad económica. Una vez claro sus propósitos comenzó a tejer su porvenir, una búsqueda constante de reconocimiento, fama y poder por sus propios medios. En palabras de Espinoza (1995), la fémina deconstruye y reconstruye su rol como mujer en un espacio predominantemente patriarcal y, a partir de un autoanálisis, determina que la honorabilidad que el matrimonio la provee es fácilmente intercambiable por una identidad propia.

Floremilia, con la finalidad de brindar un mejor servicio y obtener mayores ganancias, crea un prostíbulo y llama a concurso a mujeres que deseen formar parte del mismo. Cada una de las postulantes debe pasar por un proceso estricto de selección: una solicitud de ingreso, una revisión física y una entrevista. He aquí algunas de las condiciones propuestos por ella:

a).- No se aceptan las solicitudes de ingreso de las iniciadas en otras casas.

(...)

c).- Haber aprobado el ciclo básico es indispensable.

d).- Carecer de defectos físicos, graves o notorios es importante.



(...)

h).- Como método de superación se exige el cultivo de la buena lectura. (Viteri, 1995, p. 31)

Son tres aspectos en los que la hetaira pone énfasis: el físico, la preparación académica y la experiencia. En cuanto al primer ámbito, ella aboga por muchachas agraciadas y sin ningún tipo de discapacidad física, en su opinión esto es primordial. La exigencia de escolaridad básica y hábitos lectores son opciones novedosas, pues apuestan por la educación de la mujer prostituta — propuesta impensable en una sociedad patriarcal—. En lo referente a la experiencia laboral, Floremilia considera beneficiosa la contratación de personas que no hayan laborado en otros sitios, esto como una forma de atraer al público masculino.

Floremilia realiza un sondeo informativo a las mujeres que están dispuestas a trabajar en el burdel con el propósito de advertir sus razones: “Bucear su psiquis, establecer su predisposición para el trabajo, conocer la razón que la induce a iniciar una vida diferente, en un trabajo antiguo, poco apreciado, sin embargo, altruista porque asegura la salud mental (...) de una sociedad masculina machista” (Viteri, 1995, p. 32). Ella efectúa una exploración de las expectativas y estímulos de sus compañeras de oficio al momento de introducirse en la prostitución. Por añadidura, puntualiza en las desventajas y a partir de ello crea una suerte de socialización con las aspirantes, de forma que se encuentren al tanto de que este oficio es infravalorado y estigmatizado. De igual manera, recalca que están allí para, de algún modo, dignificarlo. No obstante, la ramera también critica a los beneficiarios directos del trabajo sexual: los hombres; con esto denuncia la promiscuidad de la sociedad machista.

Una de las particularidades de la autoafirmación es el hecho de demostrar que la prostitución no constituye el mal de una sociedad, sino más bien es un medio de sustento



económico para quienes luchan por días mejores. En esta línea, Floremilia alienta a su equipo a hacer de su actividad un emblema de reivindicación y, por supuesto, de desarrollo financiero: — “Ya conocen (...) las bases del equilibrio, de la solvencia de esta casa a la que nos debemos, y llevaremos adelante por encima de los obstáculos (...). ¡Hagamos del trabajo una bandera y aseguremos el futuro viviendo un presente sin excesos!” Viteri, 1995, p. 57). En estas palabras existe una apropiación del discurso de defensa del oficio sexual y de quienes forman parte de él. La alocución advierte, además, de manera indirecta, el hecho de vencer a la moral religiosa y al estigma social. Cabe mencionar que este último se ha convertido en una forma de control de la corporalidad femenina. Al respecto, Arella, et al. (2007) sostienen que si una persona opta por esta profesión es censurada y muchas veces los criterios que se emiten sobre ella hace que sienta vergüenza de ser quien es.

Definitivamente, la bandera de lucha que pregona Floremilia se fundamenta en una suerte de ennoblecimiento del ejercicio del sexo, de hacer ver que es una labor como cualquier otra y que, como tal, merece respeto.

4.1.1. Floremilia y el matrimonio tradicional. Primeros indicios de decisión y libertad

En la narrativa de Viteri es perceptible cómo Floremilia, desde temprana edad, se encuentra condicionada por la idea de que su porvenir está ligado, exclusivamente, a la vida conyugal. Este argumento se ilustra en la siguiente idea:

A los dieciséis años habían metido en mi cabeza que debía salir casada de mi hogar. Con cualquiera, pero casada por las leyes humanas y divinas. ¡El matrimonio como la máxima aspiración de toda mujer decente! Lo que no me dijeron nunca, (...) es que el matrimonio puede ser una farsa o una tumba. (Viteri, 1995, p. 122)



Desde esta perspectiva, su destino recaía únicamente en el casamiento. La obligación de seguir al pie de la letra los preceptos sociales la privaban de elegir de forma consciente cualquier otro proyecto de vida. Lagarde (2005) afirma que la mujer, inserta en una sociedad patriarcal, se patentiza a partir de la presencia masculina y solo con el matrimonio adquiere la categoría de “señora de respeto”; de ahí la aspiración de las familias para que sus hijas formen parte de él. La mención final acerca de que esta institución constituye un engaño es prominente debido a que la desenmascara y la posiciona como terreno fértil para la consolidación de las apariencias, la violencia y la inhibición de la autonomía de los sujetos femeninos.

Ya en el contexto marital, ella se encuentra subordinada a la realización de los quehaceres domésticos y fiel al cumplimiento de su rol como esposa: “(...) la ausencia de proteínas se reflejaba en la palidez de su rostro (...) y en el escaso ánimo para llevar adelante ciertos entretenimientos del hogar: planchar, fregar, lavar, cocinar ¡muy sencillo!” (Viteri, 1995, p. 36-37). Como se observa, se encontraba supeditada a las tareas de la casa sin que nadie, ni siquiera ella misma, reparase en su estado de salud, debido a la falta de tiempo. Además, es manifiesto cómo las actividades cotidianas que realizaba eran desvalorizadas, pues se las cataloga como un simple entretenimiento. Adicionalmente, al no poseer un ingreso propio, dependía de los recursos que le daba su esposo: “Con el dinero del diario sustento hacía milagros. Insistía en que le pesaran bien los víveres porque ella sabía perfectamente que una libra pesaba dieciséis onzas” (Viteri, 1995, p. 36). Indiscutiblemente, no poseía el poder de decisión financiera y sus gastos estaban bajo la supervisión del cónyuge.

Bajo la misma lógica de sumisión, el control de los cuerpos se concibe como una práctica habitual dentro de la relación conyugal de Floremilia: “Hizo que se cortara el cabello, ganara unas libras por encima de su peso habitual y cambiara el tono de la voz y —esto era



importantísimo— que caminara como convenía a la esposa de un empleado altamente distinguido” (Viteri, 1995, p. 36). Esto, a breves rasgos, supone violencia simbólica porque implica una forma de despojar la libertad de la persona, así como de vedar su capacidad de decisión sobre su apariencia física y sobre su comportamiento. Sobre esto Lagarde (2005) arguye que la corporeidad de la esposa, insertada en un ambiente conservador, no pertenece más que a los otros y es un campo abierto a ser poseído y violentado. Aquí el anhelo de moldear lo corpóreo se enmarcaba en hacer de ella un individuo aceptable a la comunidad sin reparar en lo que ella pensaba y sentía. Adicionalmente, presentaba una actitud pasiva frente al autoritarismo del varón, esto se ilustra en la fiel obediencia a las órdenes que él impone.

El dominio del cuerpo se da, en gran medida, debido a la influencia que ejerce la colectividad. Un modo de influjo social es, justamente, la idea de la mujer como un individuo al que hay que adoctrinar en las buenas costumbres. Dicha conducta se refleja en el siguiente pasaje: “Seleccionó sus escasos vestidos y la instruyó en temas de conversación entre las vecinas acomodadas a quienes tenía que impresionar (...) y caminar con el cuello muy estirado, para que el mentón luciera alto, elegante y muy pero muy aristocrático” (Viteri, 1995, p. 36). Esta pieza textual delata cómo su esposo decidía sobre su cuerpo, su apariencia física y la forma en la que debía comportarse con la finalidad de que sea aceptada entre los suyos. Es importante puntualizar el manejo de las apariencias bajo el lema de perfección, pues la dama era catalogada como un individuo ejemplar aun cuando en el ámbito privado, donde nadie la miraba, no se sentía cómoda con ese estilo de vida. Para Lagarde (2005) este proceder refleja una relación de tipo subordinante y dominante; es una supeditación apuntalada al dominio del otro, una suerte de cautiverio enmarcado en la influencia social y cultural.



En el ámbito marital, el relato dilucida también prácticas sexuales que se encuadran en la inhibición del placer de Floremilia: “(...) se casó con un hombre que le recordaba minuto a minuto su experiencia con Negrolindo” (Viteri, 1995, p. 35). La voz narrativa plasma la convivencia con un hombre con quien su vida sexual, que debería ser un espacio de disfrute mutuo, se volvió un espacio conflictivo. Ciertamente, esto se debe a que ella no amaba al sujeto que solo la poseía por impulso carnal y que cree tener el derecho sobre su sexo. De hecho, la comparación entre el acto de violación y la relación sexual viene a verificar que no son acontecimientos distintos. Sobre el rol sexual pasivo de la fémina dentro del clima matrimonial, Guerra (1994) alega que la mujer, conceptualizada como un sujeto puro, limita su actividad sexual a la reproducción y está destinada a cumplir con la labor de progenitora y como tal tiene la obligación de convertirse en protectora del hogar y brindar a su pareja el apoyo espiritual que alivie sus malos ratos.

Prosiguiendo con la temática acerca del marco conyugal como espacio idóneo para el sometimiento de los cuerpos, se retrata el siguiente enunciado: “Él, su marido legítimo, la deseaba fresca, jubilosa y dispuesta, aunque a veces ella se comportara igual que los muertos en el anfiteatro frente al hacha y al bisturí” (Viteri, 1995, p. 36). Este argumento aborda la forma en la que la mujer se encontraba supeditada a la voluntad masculina. Aquí la presencia del hombre llega a autentificar que ella era propiedad del mismo, descartando cualquier indicio de desobediencia de su parte. Es más, desde la concepción tradicionalista, se normaliza el hecho de que la mujer se encuentre dispuesta a complacer a su conviviente. Al mismo tiempo, se describe a una esposa que prácticamente se veía obligada a formar parte de los encuentros íntimos porque era su deber como pareja, responsabilidad adquirida mediante el matrimonio ante la presencia de Dios y ante la mirada de la colectividad.



Bajo el mismo lema de la cónyuge como objeto de satisfacción, en la obra se boceta cómo Floremilia obligatoriamente debía estar disponible para las necesidades sexuales de su pareja: “(...) hacía el amor sin fanatismos y con ropa. La buena esposa no da alaridos en la cama, - gracias al cielo y a él, su esposo legítimo- era una señora respetable y respetada por todo el mundo” (Viteri, 1995, p. 35). Este pasaje denota que para ella el coito no representaba más que un compromiso que obedecía a su condición de señora. El acto sexual no podía ser negado so pena de malas consideraciones. Tampoco podía sentir satisfacción porque se suponía que era alguien que debía mantener la pureza de su alma. A breves rasgos, la sexualidad femenina se articula en torno a una serie de mecanismos de poder, cuya normativización coarta el libre ejercicio y la determinación del cuerpo.

Una vez expuesto el contexto marital de Floremilia y las diversas formas de manifestación de las prácticas que restringen su determinación como individuo, se explicará cómo, de forma gradual, reconoce su situación de opresión y examina si seguir formando parte de ese mundo que amenaza ahogarla o, por el contrario, decide salir en búsqueda de su libertad. Para sustentar teóricamente el accionar de la mujer se acude a Fromm (1966) quien se ocupa del estudio de la decisión y de la libertad. Este teórico conceptualiza a la primera como el proceso de elección entre un movimiento dictado por la razón y uno basado en la subjetividad. A la par con esta categoría se enmarca la libertad que es la capacidad del ser humano para escoger una alternativa que le sea de provecho, una forma de liberación individual. El análisis de los conceptos señalados inicia con la decisión, misma que implica el reconocimiento de la circunstancia en la que se encuentra inmerso el sujeto.

Floremilia, de forma paulatina, identifica que las prácticas de violencia vividas en su niñez se repiten en la atmósfera matrimonial, razón por la cual se niega a seguir siendo un sujeto



oprimido: “(...) empezó a odiar a su marido y con él esas alcobas que la guardaban: un objeto más dentro de los escasos objetos que allí se reunían” (Viteri, 1995, p. 37). El personaje reconoció que la convivencia con su esposo no le brindaba el bienestar emocional, mucho menos, configuraba como un espacio idóneo que le permitiera construirse como persona. Esto provocó un sentimiento de animadversión hacia él y hacia ese ambiente. Ella se percató que era considerada como un objeto sexual y un agente de trabajo doméstico que no cumplía otra función más que la de atender los requerimientos que exigía la consolidación marital. Luego de una serie de reflexiones empezó a reconstruir y deconstruir su papel como mujer en un mundo predominantemente masculino y determinó que podía edificar su propia identidad (Espinoza, 2005).

La desarticulación de la idea de la cónyuge como sujeto relegado, parte de la concepción de hartazgo del rol que cumple y, como siguiente paso, toma conciencia que debe insertarse en la tarea de autodescubrirse y explorar su potencial:

Floremilia aspiraba a ser sujeto pensante, sujeto actuante, no semoviente, no objeto de placer doméstico, reproductor de niños desnutridos, no cuadrúpedo de carga. Aspiraba a ser pájaro cantor sin fronteras, delincuente sin rejas y el hogar con lumbre racionada termina siendo encierro. (Viteri, 1995, p. 39)

Desde su posición de esposa, su mayor anhelo era poseer un pensamiento propio, una forma de actuar acorde a sus expectativas, no a las que le eran impuestas. Rechazaba formar parte de la vida marital que la reducía a un estado de esclavitud, la condenaba irremediabilmente a ser madre, a desempeñar las actividades del hogar y a colmar las ansias sexuales de su pareja. Añoraba la suerte del ave que tiene al infinito a su disposición. Tenía la misma esperanza del reo que espera hambriento su liberación. El pensar por su bienestar individual se enmarca en la



perspectiva de Fromm (1966) que manifiesta que el propio ser es el responsable de construir su destino.

El desmoronamiento definitivo a la percepción del cuerpo como propiedad de la figura masculina se da a partir de la infidelidad hacia su compañero sentimental. Esto se plasma en la siguiente fracción textual: “¡Ocurrió! La seductora, la implacable, la devoradora lengua rosada, quemante y aguda, la atrapó desde el primer instante: larga noche de plenilunio. Resistente, podía sustituir las manos. Él... la poseyó en el sucio taller, una, dos, tres y cuatro veces” (Viteri, 1995, p. 38). Este es el punto de quiebre de todo un conglomerado de leyes moralistas incitadoras de la represión sexual hacia Floremilia. En esta ocasión, eligió deliberadamente con quien mantener el encuentro sexual, al carpintero, y lo más relevante es que la mujer se convirtió en un sujeto activo en el mentado acto. Dicho de otro modo, utiliza ciertas técnicas de encanto que son reprimidas en el ámbito doméstico. Todo esto lleva a entrever que la dama siente satisfacción; su libertad se inscribe en la decisión de atreverse a romper el tabú sexual interpuesto por la sociedad y reproducido en el ámbito privado.

La base de la relación extramarital de Floremilia favorece la libre expresión de su erotismo: “(...) vivía, por primera vez, la fusión verdadera. La cópula gloriosa que perpetúa al hombre” (Viteri, 1995, p. 38). Es innegable que el sujeto revierte su estado de dominación del que fue parte en el maridaje y logra, al igual que su amante, la complacencia sexual: “Dos años después de su matrimonio, tres de haber sido violada y recién empezaba a disfrutar de una entrega total y sin tapujos. El sexo dominándolo todo, vencándolo todo (...)” (Viteri, 1995, p. 38). Es perceptible una nueva visión sobre la sexualidad, no de una que implica presión, obligación, ni violencia, sino de una que le brinda seguridad y que conlleva al deleite mutuo. En otros términos,



Floremilia posee total libertad para decidir con quién relacionarse y tiene toda la autonomía para tomar decisiones sobre su cuerpo y su sexualidad.

La presencia de Floremilia en la prostitución plasma la ruptura de las normas moralistas presentes en la institución matrimonial: “Irresistible, apetitosa, los atraía, los desesperaba y los turnos volvíanse interminables. / —Les digo que no puede atenderlos, elija otra. / —Lo siento, tiene muchos turnos anticipados. / —Imposible, separe su turno (...). Hágalo en seguida por favor” (Viteri, 1995, p. 12). Su incursión en el trabajo sexual, dice Espinoza (1995), es una muestra de la escisión entre los elementos emotivos y moralistas (el amor la fidelidad), ligados a la sexualidad femenina y los fisiológicos (el clímax y el gozo). Este tratamiento es compartido por Lagarde (2005) quien afirma que la trabajadora sexual es la mujer dedicada al festín transgresor de un sistema normativo que resguarda la poligamia y la virilidad.

Con la creación del prostíbulo se da la ruptura absoluta a la subyugación experimentada en el entorno marital: “Funcional y cómoda, su casa del amor sin ambages, reticencias, puritanismos y recatos absurdos había realizado una labor incesante” (Viteri, 1995, p. 86). Resulta sugestiva la forma en que Floremilia denominó “casa de amor” al burdel, en contradicción al organismo matrimonial que implica sometimiento. De hecho, refiere que sentía satisfacción pertenecer a este ambiente porque en él no se da cabida a las buenas costumbres ni a la noción de pecado, mucho menos imposición y el control. El montaje del lenocinio no solo constituye una forma de generar recursos, sino también es un terreno desde el que se concreta una nueva forma de mirar y vivir la sexualidad. Es el áncora que plasma su libertad, la demostración de que ha tomado las riendas de su porvenir.



4.1.2. Estrategias de la maternidad del personaje de la prostituta

Trujillo (2017) argumenta que la mayoría de mujeres que se inscriben dentro de la prostitución se encuentran en situación de maternidad. Para explicar en qué consiste dicha categoría se acude a la proposición de Arvelo (2004) quien la asocia con el cuidado, con la protección y con la incondicionalidad que las madres procuran a sus vástagos. En efecto, en la novela esta función es atribuida de forma indirecta al personaje Floremilia, pues cuando su carrera se encontraba en el punto más álgido, una de sus compañeras, Celia, incapaz de brindar una vida digna, le entregó a su retoño y le encargó su crianza. Esto se corrobora en las siguientes líneas:

Celia depositó a su hija en brazos de Floremilia, dos horas después de haberla traído al mundo. Diminuta y frágil: apenas podía llorar. No volvió a saber de Celia que, al partir, dominada por la emoción, le suplicó que la llamara Enriqueta, en homenaje a su madre (...). (Viteri, 1995, p. 111)

En contraste con la perspectiva que desestima la maternidad de la hetaira, la obra narrativa proyecta cómo la fémina asume dicho rol y mira en la menor alguien a quien brindar afecto. Prácticamente, este es otro punto decisivo en su vida como prostituta, pues ya no constituye como sujeto individual, sino que tiene a su responsabilidad a otro ser humano. Cabe aludir que ella, de algún modo, había renunciado a desempeñar dicha función, pero esta circunstancia la induce a replantear sus percepciones.

Prosiguiendo con la idea anterior, Floremilia menciona que la criatura fue concebida de forma no convencional: “«Queta llegó del cielo, no, del óvulo fecundado por un espermatozoide sin casta. Vientre nuevo de casada inexperta considerada estéril»” (Viteri, 1995, p. 25). El pensamiento de la meretriz se fija en la figura de la menor que, si bien no nació de sus entrañas,



la aceptó cual si fuera suya; le brindó amor y le proporcionó todo lo necesario para su bienestar. Esta actitud resquebraja la arraigada concepción de que las hetairas son un mal ejemplo para sus hijos debido a la vida libertina que llevan. Desde otra perspectiva, la acción de cuidado proporcionado por Floremilia configura, metafóricamente, como el útero que sirvió de resguardo a la criatura. Sobre el papel maternal desempeñado por la fémima, Espinoza (1995) alude que existe una clara intención por restaurar los niveles de autonomía de la mujer y disminuir el rol masculino.

Una de las características de la maternidad, según Arvelo (2004) es que las madres permanecen, incondicionalmente, al lado de sus protegidos cuidando que no les falte nada. Esto se confirma en la siguiente cita:

(...) ¡Meció su cuna, le compuso canciones e hizo vestidos para sus muñecas! Sabia y abnegada, en sus enfermedades estuvo cerca, siempre cálida, siempre tierna. ¿— poseía acaso una doble personalidad; dos mujeres, la una grande la otra pequeña. Noble la madre, la mujer malvada —? (...). (Viteri, 1995, p. 126)

Pronto la mujer pasó a formar parte de la dinámica de crianza de Queta. La proximidad con ella era imprescindible, debido a que le posibilitaba determinar sus necesidades y tratar de solucionarlas. Asimismo, cual compañera de juegos, contribuía a su felicidad al fabricarle juguetes. Pese a que le brindaba compañía y cariño es evidente cómo interiormente se cuestionaba si era idónea para desempeñar dicha actividad. La puesta en duda de su destreza, ciertamente, estaba condicionada por la influencia del imaginario colectivo.

En la obra es notorio cómo la protagonista, frente a la presencia de su hija adoptiva, saca a la luz sus mejores sentimientos. En la novela se constata lo mencionado: “Floremilia le ofreció a Queta su regazo, sus besos de mujer sin hijos, sus caricias fatigadas. Siempre la mantuvo lejos



de esa atmósfera enrarecida que rondaba su trabajo. Se propuso construirle un destino holgado” (Viteri, 1995, p. 113). Nuevamente, el fragmento se enmarca en una ambivalencia. Por un lado, se encuentra la circunstancia de la relación madre - hija que, por cierto, se describe como bastante buena. Esto permite desentrañar que, si bien ella no tuvo una infancia feliz ni una familia funcional, se dispuso a brindar bienestar emocional y económico a su descendiente. Por otro lado, es palpable que la fémina creó un punto limítrofe entre su desempeño como madre y su trabajo como prostituta, con el fin de ocultar su oficio. Esto es lo que Trujillo (2017) llama “vida oculta”, pues se empeña en que su allegada no sepa a qué se dedica y se encarga que esta no mantenga ningún tipo de contacto con el prostíbulo, dado que consideraba que no era un lugar adecuado para la menor.

Según Heim (2006) quienes ejercen de manera voluntaria el trabajo sexual, lejos de tipificarse como víctimas, se consideran sujetos pensantes y suspicaces y, en el caso de la novela, Floremilia tiene la total entereza para tomar las mejores decisiones acerca de la crianza de Queta: “Estaban identificadas por un amor indestructible. La vida le había dado una madre sensible. Carecía de instrucción;(…), pero poseía la inteligencia y el ingenio que da la vida a los seres que se forjan en el llanto y el dolor” (Viteri, 1995, p. 125). La voz narrativa corrobora el vínculo afectivo entre ambos sujetos, asimismo, recalca la capacidad de Floremilia para enfrentarse a las peripecias de la vida y, en este caso, para educar a la pequeña. Adicionalmente, se subraya el hecho de que la dama trae consigo experiencias desagradables, sobre todo de su niñez; justamente, este es el punto clave que la incita a trabajar por la protección de su vástago.

Antes de tomar a su haber el cuidado de la infante, Floremilia se vislumbraba como una mujer exitosa y sin más preocupaciones que la de dirigir el local de prostitución. No obstante, la presencia de Queta le trajo cierta inquietud: “Queta y su vivacidad la preocupaban. Optó por



inventarse un trabajo y entregar parte de la administración del negocio a su compañera Fabiola (...); ella se limitó a concurrir por las noches.” (Viteri, 1995, p. 116). Es ostensible su aprensión al ver que la niña crecía y tenía curiosidad por saber sobre el oficio de esta; de hecho, tomó cierta distancia del lenocinio para no despertar sospechas. El miedo a ser descubierta la condujo a inventarse que su trabajo era aburrido y que no valía la pena que ella acudiera: “—No lo sé, hija. Permanecer toda la noche en esa caja... ¡No! Tus ojos se llenarían de sueño, darías mal los cambios y, de paso, tendríamos un montón de problemas” (Viteri, 1995, p. 115). Sobre esto, Trujillo (2017) asevera que las meretrices poseen el constante temor de ser descubiertas por sus familiares y por esta razón no mencionan sus actividades.

Floremilia exhibe que debe afrontar algunos cuestionamientos de la menor acerca de su padre: “Superados los tres primeros años, Queta crecía en sabiduría y se fortalecía en salud. (...) En su cabecita inquieta, no cabían las preguntas que disparaba a diestra y siniestra / —Mamá enséñame una foto de mi papá” (Viteri, 1995, p. 114). Pese a que le proporcionaba bienes materiales, afecto y un ambiente seguro, la pequeña cuestionaba su presencia. Ante esto, cual la mujer evadía la realidad: “-Si... una foto...Bueno, ¿sabes? en el último cambio de casa fue sustraído el cofre...error del ladrón, claro, creyó que ese cofre tenía joyas...” (Viteri, 1995, p. 114). Aquí, por una parte, cabe la propuesta de Trujillo (2017) que sugiere que las prostitutas crían solas a sus hijos. Y, por otro, se mira cómo la progenitora busca protegerla emocionalmente y se reserva mencionarle que no tiene papá.

Preocupada por el porvenir educativo de Queta, Floremilia toma medidas que considera oportunas: “Hizo como lo pensó. La envió a estudiar al extranjero. La llamaba al teléfono una vez al mes. El primer cónsul, su cliente (...), le facilitaba el envío de cartas y pequeños paquetes a través de la valija diplomática” (Viteri, 1995, p. 117). La cita resalta no solo el esmero que



tenía por apartar a su hija del ámbito de la prostitución, sino también el deseo de verla convertida en una profesional, alguien de respeto y consideración. La mejor forma de dejarle un legado es por medio de la educación y, ciertamente, en su proceso formación requería de recursos, mismos que fueron obtenidos de la prostitución. Esto se asocia con la opinión de Arella et al. (2007) que consideran a la actividad sexual como una opción válida para generar ingresos y contribuir con los estudios, alimentación, salud y bienestar de sus allegados. En este caso, el dinero, producto de la prostitución, permitió a la menor acceder a un nivel de instrucción avanzado en un país extranjero.

Las ganancias de la madre son invertidas en la educación de Queta. Un ejemplo de esto se visualiza en el siguiente fragmento: “«Mi hija —solía decirnos a Susana y a mí— pronto se convertirá en una magnífica profesional (...), saborearé su triunfo que es un poquitín mío y será como si la Floremilia de ayer, (...), se proyectase hacia un futuro sólido (...)»” (Viteri, 1995, p. 130). Se denota que la mujer, al contribuir económicamente, se convirtió en la piedra angular de la formación escolar de la adolescente. Desde luego, la joven se volvió el reflejo desde el cual ella miraba su empeño. Además, en su vástago compensaba las carencias que tuvo en su infancia. Esta percepción se inserta perfectamente en la óptica de Arvelo (2004) quien señala que la progenitora tiende a proyectar aspectos de su personalidad en sus descendientes y se identifica plenamente con ellos.

Los réditos económicos proporcionados por la madre son claves en la consecución de amistades y en el forjamiento del estatus social del familiar: “(...) era algo tan preciado como la piel que protegía sus rincones (...). Aquel dinero impidió que su timidez innata la anulase, hizo que se despojara de recelos y se amistara con Mirna Alcántara líder de su grupo” (p. 124). Básicamente, la joven saboreaba la liquidez monetaria que le brindaba el trabajo de su Floremilia.



De facto, fue el precursor para que la joven se encuentre rodeada de influencias de renombre; algo que no podría llevarse a cabo si no tuviera estatus pecuniario. En este ambiente, la joven “(...) participó en las actividades y proyectos de beneficio social con propósitos futuristas. Cada miembro activo (...) se constituiría, automáticamente, en el organizador de un subgrupo (...), cuyo centro rector permanecería en Dovadín, país encantador por su cultura, por su historia (...)” (Viteri, 1995, p. 124). Manifiestamente, la muchacha se encontraba inmersa dentro de un grupo educativo que aglutinaba a personas con capacidades financieras elevadas y que emprendían proyectos de ayuda social. Nada de esto hubiera sido posible sin la ayuda de la anfitriona.

El capital proveniente del trabajo sexual y destinado puntualmente a la hija, la subvenciona a una vida sin preocupaciones: “(...) se dio la tarea de convencerse de que el dinero (...) la nutría, la colmaba (...), le envanecía saber que su respaldo, su fuerza, su seguridad, descansaban en el dinero de su madre y sus envíos rigurosos y puntuales” (Viteri, 1995, pp. 123-124). El texto puntualiza cómo los réditos financieros, que Floremilia se empeñaba en obtener, la ayudaron obtener renombre y satisficieron sus necesidades de alimentación, vestimenta y algunos lujos. Cabe recalcar, además, que la muchacha siempre desconoció el origen del dinero, de ahí que en la obra se enfatice que la joven lleva una vida relajada, pero, ignoraba la labor que su familiar realizaba. El planteamiento que tiene como punto de lanza la obtención de recursos económicos se corresponde con la proposición de Heim (2006) quien manifiesta que las prostitutas aportan al bienestar financiero de su círculo familiar.

En este último capítulo se realizó el análisis de la autoafirmación del personaje Floremilia. Se expuso cómo ella vio en la profesión sexual una manera de ganar dinero y gastarlo de forma independiente, es decir, sin la presencia o el aval de una figura varonil que interfiera en la forma de administrarlo. Con relación a la categoría en mención, se expuso los conceptos



decisión y libertad, elementos indispensables para que la mujer reconozca su condición de sumisión y se sumerja en la búsqueda de estrategias que le ayuden a salir de dicho entorno. De igual manera, se pormenorizó en el estudio de la maternidad y las estrategias que realiza la madre con la finalidad de brindar mejores oportunidades a su hija.



Conclusiones

Este estudio permitió encontrar algunas cuestiones en relación con el objetivo planteado:

En lo referente a la prostituta se constató que Floremilia es un individuo que vende su cuerpo y su sexualidad a cambio de una prestación monetaria. Acerca de sus características, se verificó que es una mujer de consideración, valiente, segura de sí misma, extrovertida, inspiradora de respeto. En cuanto a su corporeidad, se la describe como una persona atractiva, cuyo cuerpo sensual y juvenil despierta el deseo de los hombres. Igualmente, se corroboró la perspectiva de un sujeto sin tutelajes, amos ni patrones, debido a que posee ideas propias y hace su voluntad. En este marco, ella se inserta en la labor sexual de forma voluntaria y ve en esta una oportunidad para obtener réditos financieros de manera independiente. La mejor demostración de que es un individuo autosuficiente es el montaje del prostíbulo en el que no necesita de la presencia masculina para regirlo, mucho menos para conseguir dinero. Es más, ella impone las reglas y los lineamientos que deben ser cumplidos por los clientes.

Con respecto a la memoria voluntaria, se precisó que es un ejercicio facultativo emprendido por el personaje en la etapa final de su existencia y que tiene como soporte su cuerpo moribundo. Como elemento utilitario, saca a flote una niñez sumida en la pobreza y cómo en este entorno sueña en convertirse en una mujer de renombre, de reconocimiento y poseedora de riquezas. Los bocetos memorísticos también permiten el develamiento de una infancia y adolescencia marcada por la disfuncionalidad, la falta de atención y la violencia. Por medio de esta herramienta se revela el control de los cuerpos, el de su progenitora en el seno matrimonial y el de ella en una situación de agresión sexual vivenciada en su juventud. Esto último, influenciado por el estereotipo de que las vírgenes representan el deseo de los varones y anexado



a la idea misógina de que estas adquieren la nominación de “mujeres” luego de la ruptura de su himen.

En relación con la autoafirmación de la trabajadora del sexo, se comprobó que Floremilia accede de forma premeditada a la prostitución a la que considera un trabajo y una fuente de obtención de recursos. Es necesario manifestar que esta acción es una forma de autonomía, debido a que no depende económicamente de un esposo y posee libertad para administrar los gastos, acción contraria a la experimentada en la institución matrimonial. La reafirmación del personaje, también se probó en su capacidad para inaugurar una casa de citas que acoge a personas con cargas familiares y con ganas de salir de círculos de miseria y violencia. Es más, la prostituta apela al fundamento de que sus compañeras de oficio deben ser personas con cierto nivel de instrucción, esto en contradicción a la idea que las sitúa como sujetos carentes de educación. En este ambiente ella deja atrás cualquier rezago de sumisión y se posiciona como dueña y señora no solo del lenocinio, sino de su forma de actuar.

En función de las nociones de decisión y libertad, enmarcadas dentro de la categoría de la autoafirmación, se determinó que estas se gestan a partir del reconocimiento por parte del personaje de su estado de subordinación. Dicha situación se explicita a partir del control de su cuerpo, el sometimiento al espacio doméstico y el intento por modificar su comportamiento. Adicionalmente, es vista como un objeto generador de satisfacción y no tiene la posibilidad de negarse ni reprochar dicha práctica, ya que el compromiso marital la obliga a ello. Frente a esto, el principal estímulo para alejarse de dicha situación es el deseo de ser un sujeto con ideas propias, tener una forma de actuar acorde a su pensamiento y hacer las cosas de forma independiente. De este modo, Floremilia se convence de su valor como persona y emprende su proceso de transformación.



En materia de la decisión y libertad, componentes de la autoafirmación, se identificó, asimismo, que la primera manifestación de rebeldía frente al sistema matrimonial opresor, lo realiza a partir del sentimiento de rechazo silencioso a su cónyuge. Luego, se demuestra un indicio palpable de libertad al elegir mantener relaciones sexuales con un hombre fuera del marco conyugal. Con esto se sustenta una libre expresión de su sexualidad a la vez que experimenta el placer que el matrimonio restringe. La ruptura definitiva a las prácticas de opresión se produce cuando sale del espacio marital y se convierte en prostituta, acción que desmorona y transgrede la normativa que limita el erotismo y el accionar de las mujeres. Posteriormente, la libertad se pone de manifiesto con la instalación del lenocinio. Esto reafirma su capacidad para decidir sobre sí misma, pero también denota sus ganas de prosperar, construirse como individuo.

En lo concerniente a la maternidad, perteneciente a la esfera de la autoafirmación, se precisó que es atribuida de forma indirecta a Floremilia. Pues, se convierte en madre adoptiva de la hija de una de sus adeptas que, al no poder velar por ella, le encarga su crianza. Su capacidad de solvencia se divide entre la crianza de la criatura y el oficio en la prostitución. La fémina pone todo su esfuerzo en brindar todo el afecto y el cuidado a Queta, incluso reduce su horario de trabajo para dedicar tiempo a su vástago. En el cumplimiento con su función de madre, la mantiene alejada de todo contacto con el mundo de la prostitución; de hecho, nunca le menciona que forma parte de él. Esto, en parte, porque quiere resguardarla de cualquier peligro y debido a que tiene temor de ser rechazada por ella. Justamente, como una forma de apartarla de este entorno y como un modo de brindarle una buena educación la envía a un país extranjero a realizar sus estudios mientras ella se configura como la proveedora de recursos. Los esfuerzos y el apoyo pecuniario de la trabajadora sexual se destinan no solo a su formación educativa, sino le permiten introducirse en esferas sociales acomodadas y llevar una vida sin preocupaciones.



En cuanto a las características de obra, la narrativa apela a la presencia de varias voces: la del del narrador en primera persona y la de los personajes secundarios. Estas son complementarias al momento de recapitular la vida de Floremilia; mientras la una otra permite conocer de primera fuente las perspectivas y los sentimientos del personaje principal, las otras brindan indicios contextuales y complementarios. Acerca de la estructura del relato, se puede mencionar que se trata de una amalgama de sucesos que se entremezclan llegando incluso, a momentos, a dificultar la diferenciación entre las distintas escenas que se detallan. Sin embargo, esto obedece al acto memorístico realizado por Floremilia, cuyas manifestaciones en forma de imágenes se presentan a modo de pequeñas pinceladas.

Finalmente, se señala que *Las alcobas negras* (1995) de Eugeni Viteri se inscribe en la búsqueda constante de las dimensiones afirmativas de la prostituta. Floremilia es un sujeto que se transforma, pues pasa de ser un individuo inserto en círculos de pobreza, violencia y opresión a constituirse como una persona capaz tomar decisiones. En el devenir literario de Viteri es de suma relevancia la presencia de la memoria debido a que permite evidenciar las prácticas de agresión y control del cuerpo de la mujer, situaciones que son revertidas a partir del reconocimiento de su condición y la búsqueda de alternativas que influyen en su destino. Al asumir la maternidad demuestra que, a pesar de las consideraciones estigmatizadoras, es un sujeto que pone todo su esfuerzo en brindar, no solo recursos materiales a su hija, sino también afecto y cuidado. En resumidas cuentas, lejos de posicionarla como alguien que es víctima de la sociedad, se la bosqueja como un sujeto que se autodefine como sujeto rebelde y se abre paso en medio de un panorama conservador que no le promete más que seguir cortando sus alas para impedirle alzar el vuelo.



Referencias

Arella, C., Fernández, C., Nicolás, G. y Vartabedian, J. (2007). *Los pasos (in) visibles de la prostitución. Estigma, persecución y vulneración de los derechos de las trabajadoras sexuales en Barcelona*. Virus Editorial.

<http://www.acuedi.org/ddata/11332.pdf>

Arvelo, L. (2004). Maternidad, paternidad y género. *Otras Miradas*, 4(2), 92-98.

<https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=18340203>

Baeza, M. (2002). *De las metodologías cualitativas en investigación científico social. Diseño y uso de instrumentos en la producción de sentido*. Editorial de la Universidad de Concepción.

Bergson, H. (2006). *Materia y memoria. Ensayo sobre la relación del cuerpo con el espíritu*. (P. Ires, Trad.; 1.^a ed.). Editorial Cactus. (Obra original publicada en 1896).

Bianchi, P. (2013). La subjetividad y el goce femeninos. Las nuevas representaciones de las prostitutas en la literatura latinoamericana contemporánea. *Cuerpos, placeres y alteraciones*. Errancia. (7).

https://www.iztacala.unam.mx/errancia/v7/PDFS_1/ERRANCIA%207%20-POLIETICAS%204.pdf?fbclid=IwAR1pfXkGigz8As_1tt0p5Iy7Sr3Rzq0vJcTVk66HLsFwLPa1DNYHjMfjsEk

Borja, R. (2011). *Los movimientos sociales en los 80 y 90. La incidencia de las ONG, la Iglesia y la Izquierda*. Observatorio de la Cooperación al Desarrollo en Ecuador.

http://biblioteca.clacso.edu.ar/Ecuador/ciudad/20170619025426/pdf_454.pdf

Garaizabal, C. (2007). El estigma de la prostitución. En Briz y Garaizabal (Ed.). *La prostitución a debate. Por los derechos de las prostitutas*. Hetaira.



- Builes, B. (2016). *Prostitutas y prostíbulos: cuerpos y escritura en cinco novelas latinoamericanas contemporáneas (1964-2011)*. [Tesis doctoral, Universidad de Colorado]. Archivo digital.
https://scholar.colorado.edu/concern/graduate_thesis_or_dissertations/fn106z03h
- Cánovas, R. (2003). *Sexualidad y cultura en la novela hispanoamericana. La alegoría del prostíbulo*. LOM Ediciones.
https://books.google.cl/books?id=kLYy_aKa5nIC&printsec=copyright#v=onepage&q&f=true
- Cárcamo, H. (2005). Hermenéutica y análisis cualitativo. Cinta de Moebio. *Revista de Epistemología de Ciencias Sociales*, (23), 204-216.
<https://clio.uchile.cl/index.php/CDM/article/download/26081/27386>
- Carvajal, S. (2018). La subjetividad del exiliado en *A noventa millas solamente* de Eugenia Viteri. En Robalino (Ed.). *Crítica, memoria e imaginación de la literatura latinoamericana* (pp.7-14). Centro de Publicaciones PUCE.
- Espinoza, H. (1995). Voces y espacios femeninos en las Alcobas negras de Eugenia Viteri. *Letras femeninas*, 21(1-2), 47-56.
- Ferraris, M. (2004). La hermenéutica. *Ediciones Cristiandad*.
<https://bibliodarq.files.wordpress.com/2015/10/ferraris-m-la-hermeneutica.pdf>
- Fromm, E. (1966). *El corazón del hombre*. (F. Torner, Trad.; 1.ª ed.). Fondo de Cultura Económica. (Obra original publicada en 1964).
- Jaramillo, C. (2020). La construcción social de los cuerpos femeninos y su relación con la violencia sexual y reproductiva contra las mujeres. En Miranda (Ed.), *Violencia contra*



las mujeres en Ecuador. Selección de ensayos (pp.163- 176). Quito, Ecuador: Defensoría del Pueblo de Ecuador.

García Canclini, N. (2000). Industrias culturales y globalización: Procesos de desarrollo e integración en América Latina. *Estudios Internacionales*, 33 (129), 90-111.
<https://vdocument.in/canclini-industrias-culturales.html>

Guerra, L. (1994). Invasión a los cuarteles del silencio: estrategias del discurso de la sexualidad en la novela de la mujer latinoamericana. *Inti: Revista de literatura hispánica*, 40 (5), 39-58.
<https://digitalcommons.providence.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=1717&context=inti>

Giorgi, A. (2018). Un pensamiento propio. Feminismo desde y para América Latina en la década de 1980. *Travesía*, 20 (2), 45-64.
<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=7582118>

Handelsman, M. (1997). Mujeres del Ecuador dentro y fuera del burdel: dos novelas y sus contextos de lucha y reivindicación. *Letras Femeninas*, 23 (1-2).

Heim, D. (2006) La prostitución a debate: el abolicionismo desde la perspectiva de la defensa de los derechos de las trabajadoras sexuales. *Nueva doctrina penal*, 2, 441-467.
http://www.cmpa.es/datos/2351/la_prostitucion_a_debate_article_de_danie_7645.pdf

Hozven, R. (2004). Relaciones equívocas: el prostíbulo y la literatura hispanoamericana actual. *Revista chilena de literatura*, (64), 103-107.
https://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0718-22952004000100006

Juliano, D. (2002). *La prostitución: el espejo oscuro*. Icaria editorial.

Lagarde, M. (2005). *Cautiverios de mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*.
Universidad Nacional Autónoma de México.



https://www.academia.edu/36161731/Marcela_Lagarde_Los_cautiverios_de_las_mujeres_Madresposas_monjas_putas_presas_y_locas.pdf

Lamus, D. (2007). La construcción de movimientos latinoamericanos de mujeres/feministas: Aportes a la discusión teórica y a la investigación empírica, desde la experiencia en Colombia. *Reflexión Política*, 9 (18),118-133.

<https://www.redalyc.org/pdf/110/11091810.pdf>

Martínez, A. (1999). Feminismo y literatura en Latinoamérica. *Correo del sur*.

<https://studylib.es/doc/8627294/feminismo-y-literatura-en-latinoam%C3%A9rica-page-1-of-5>

Martínez, J. (2015). Evolución del cuento ecuatoriano a lo largo del siglo XX. *Inti: Revista de literatura hispánica*, 81(1), 252-285.

<https://digitalcommons.providence.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=2790&context=inti>

Miguel, A. (2007). Los feminismos a través de la historia. Capítulo III. Neofeminismo: los años 60 y 70. *Mujeres en Red. El periódico Feminista*.

https://www.mujiresenred.net/spip.php?article1311&fbclid=IwAR0SicSeQ0ar-jtCkFb_hVV30Ua-pSDwMg_GOF2fYsU14x5iFgKGoGY6Zjw

Murga, A. (2006). Los movimientos sociales en América Latina (1980-2000): una revisión bibliográfica. *Polis*, 2(2), 163- 196.

<http://www.scielo.org.mx/pdf/polis/v2n2/1870-2333-polis-2-02-163.pdf>

Nadal J. (2019). Observaciones sobre encuentros entre hermenéutica, pragmática y análisis del discurso. *Revista mexicana de ciencias políticas y sociales*, 64 (236), 193-215.

<http://dx.doi.org/10.22201/fcpys.2448492xe.2019.236.63489>



Naranjo, M. (2004). Dos décadas perdidas: los ochenta y los noventa. *Cuestiones Económicas*, 20(1), 223-250.

<https://estudioeconomicos.bce.fin.ec/index.php/RevistaCE/article/view/236/160>

Oleas, J. (2017). Ecuador 1980-1990: crisis, ajuste y cambio de régimen de desarrollo. *América Latina en la Historia Económica*, 24(1), 210-242.

http://www.scielo.org.mx/scielo.php?pid=S140522532017000100210&script=sci_abstr act&tlng=pt

Ordiz, J. (2006). ¿Santa o pecadora? La prostituta en la novela del Naturalismo Hispanoamericano. *Revista Nuestra América*, (1), 26- 33.

<https://bdigital.ufp.pt/bitstream/10284/2346/3/26-33.pdf>

Ortega, X. Villamarín, F. (2009). Política, economía y sociedad en América Latina: breve análisis de los cambios en la relación estado, mercado y sociedad en México y Colombia a partir de los años 80. *Semestre Económico*, 12 (23), 133-146.

<https://revistas.udem.edu.co/index.php/economico/article/view/297>

Rubio, G (1999). ¿Vírgenes o meretrices? La prostitución sagrada en el Oriente antiguo. *Gerión. Revista de Historia Antigua*, 17, 129-148.

<https://revistas.ucm.es/index.php/GERI/article/view/GERI9999110129A/14377>

Sanchis, E. (s.f.) La entrada en la prostitución. En Serra, I. (Ed). *La voz de las mujeres que ejercen la prostitución* (pp.28- 39). Instituto Universitario de Estudios de las Mujeres de la Universidad de Valencia.

Reyes. G. (2000). Síntesis de la historia económica de América Latina 1960- 2000. *Revista de la Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas*, 1(2), 1-34.

<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5029705>



Serrano, F. (2010). Estados, Golpes de estado y militarización en América Latina: una reflexión histórico política. *Argumentos*, 23(64), 175-193.

http://www.scielo.org.mx/scielo.php?pid=S018757952010000300008&script=sci_arttext

Tornero, A. (2018). Hermenéutica y estudios literarios. *Inventio*, 57-66.

<http://riaa.uaem.mx/handle/20.500.12055/352>

Trujillo, M. (2017) Maternidad y prostitución ¿contradictorias y excluyentes? *Revista Estudios Feministas*, 25 (1), 163-181.

<https://doi.org/10.1590/1806-9584.2017v25n1p167>

Tubert, M. (2013). *La prostitución*. Universidad de Barcelona

<http://diposit.ub.edu/dspace/bitstream/2445/56311/1/Montserrat%20Tubert%20Blanch.pdf>

Vargas, V. (2005). Los feminismos latinoamericanos en su tránsito al nuevo milenio. Una lectura político personal. En D. Mato (Ed.). *Estudios y otras prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder*. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.

Viteri, E. (1995). *Las alcobas negras*. Quito: Sistema Nacional de Bibliotecas.

Zanatta, L. (2012). *Historia de América Latina. De la colonia al siglo XXI*. Siglo XXI Editores.

Zárate, D. (2019). *Análisis comparativo entre las obras Baldomera y las Alcobas negras desde una perspectiva de género* [Tesis de pregrado, Universidad Central del Ecuador].

Archivo digital.

<http://www.dspace.uce.edu.ec/handle/25000/20032>